



Universidad Academia de Humanismo Cristiano  
Escuela de Psicología

**LA COMPULSIÓN A LA REPETICIÓN EN EL CONTEXTO DE LA  
ELABORACIÓN PSÍQUICA DE LO PULSIONAL**

Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Especialidad Clínica

Autor: Ignacio Pla Caballero

Director de Tesis: Dr. Alejandro Bilbao Zepeda

Enero, 2016

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	3
<b>PRIMERA PARTE: LA PULSIÓN SEXUAL Y SU RELACIÓN CON LA NEUROSIS</b>	6
<b>Capítulo 1.- Efecto retardado (<i>Nachträglich</i>) del trauma psíquico infantil (1893-1898)</b>	7
a) Trauma externo y respuesta del psiquismo	7
b) Trauma sexual y rol de la defensa	9
c) Sexualidad y retorno de lo reprimido	12
d) «Más atrás» de la escena traumática	14
<b>Capítulo 2.- Lo sexual infantil que insiste: la pulsión sexual (1905-1917)</b>	17
a) La necesidad de repetir la satisfacción: esquema de la pulsión sexual	17
b) Estructura y destinos de pulsión	20
c) Movilidad y fijación pulsional	26
<b>SEGUNDA PARTE: LA REPETICIÓN PULSIONAL EN LOS BORDES DE LO PSÍQUICO</b>	30
<b>Capítulo 1.- Repetir el sufrimiento (1901-1920)</b>	31
a) Actuar en la situación analítica	31
b) «Trauma endógeno»: la pulsión de muerte	36

<b>Capítulo 2.- La repetición en el conflicto de las instancias psíquicas (1923-1924)</b>	45
a) Superyó: arteria moral de la pulsión de muerte	45
b) La necesidad de ser castigado	48
<b>TERCERA PARTE: ELABORACIÓN PSÍQUICA DE LO PULSIONAL</b>	52
<b>Capítulo 1.- Irrupción de lo sexual y remodelación onírica (1895-1899)</b>	53
a) El yo neuronal ante las excitaciones endógenas	53
b) Lo sexual es la excepción que no se transcribe	57
c) El trabajo de remodelación del sueño	63
<b>Capítulo 2.- El trabajo psíquico en la lógica del inconciente (1915)</b>	71
a) El trabajo de la represión	71
b) Lo inconciente ante la exigencia de lo pulsional	73
<b>Capítulo 3.- Alteraciones del yo: psicopatología (1923-1937)</b>	77
a) La psicosis ante la realidad	77
b) Desmentida y bi-escisión del yo	78
c) De la elaboración psíquica a la escisión del yo	80
<b>CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN</b>	86
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	89

## INTRODUCCIÓN

Esta investigación tiene como centro de análisis articular teóricamente los conceptos de *compulsión a la repetición y elaboración psíquica* en la obra de Sigmund Freud. El intento de poner en relación estas concepciones freudianas pretende concebir la compulsión a la repetición en el contexto de los procesos de elaboración psíquica, es decir, *pensar la compulsión a la repetición como el resultado de insuficiencias en el trabajo que el psiquismo debe realizar frente al movimiento pulsional*.

Para el logro de este objetivo la investigación se focalizará en tres ejes temáticos. Cada uno de los temas se examinará cronológicamente con la idea de ver en ellos sus desarrollos, mutaciones y lógica implicada. A la par, cada una de estas dimensiones se enlazarán con otras nociones que los anteceden, contextualizan y continúan, dándoles sentido y figurabilidad. De cada uno de estos vectores analizados se extraerán ideas fuerza que balizan el análisis de esta investigación para intentar el desarrollo de conclusiones y discusiones acordes con nuestro objetivo.

En la primera parte nos referiremos a la *pulsión (Trieb)* en tanto «movimiento pulsional»<sup>1</sup>. La pulsión como una excitación endógena que motoriza y sacude el acontecer anímico en su conjunto mediante sus propagaciones sexuales y sus representantes iniciará la reflexión investigativa. Se intentará en esta parte de la exploración reunir y organizar algunas nociones freudianas que giran en torno a la problemática de la pulsión sexual como factor basal en la formación de la neurosis. En otras palabras lo que se desea es mostrar que el montante pulsional se encuentra en la base de la repetición sintomática. Para esto se hace necesario hacer cierto recorrido conceptual por los primeros trabajos de Freud que

---

<sup>1</sup> «Movimiento pulsional» al que hacemos referencia aquí sigue en alguna medida y se inspira en la idea de Scarfone (2005) para pensar la pulsión en tanto *proceso y movimiento* que la palabra pulsión misma evoca y no a las supuestas entidades fisiológicas en causa. “*La propagación* de ese movimiento a través del plano virtual de demarcación somático-psíquico es la esencia de la pulsión” (p. 43).

tratan sobre el «trauma psíquico» y su papel en la sintomatología de los neuróticos. Daremos a conocer cómo el trauma sexual padecido por el niño – provocado por un agente externo adulto-, retorna desde el periodo infantil hacia la madurez forzando al neurótico a repetirlo a través de sus síntomas. Distinguiremos también el montante pulsional surgiendo e independizándose de otros estímulos considerados patógenos en la causación de la neurosis. La pulsión sexual asomará como una fuerza autónoma e independiente de la realidad externa que activa el sacudir psicosexual del sujeto y compele al aparato psíquico a realizar complejas operaciones para tramitar esta exigencia de trabajo. Observaremos finalmente sus orígenes y fuentes infantiles, sus progresos y regresiones, así como su fijabilidad. De este modo se podrá visualizar el «carácter pulsional» de las repeticiones y la «exigencia de trabajo» para lo psíquico que la pulsión significa.

La segunda parte describirá y analizará las características de la *compulsión a la repetición (Wiederholungszwang)* en la trama de la transferencia, de la pulsión de muerte y de su relación con las instancias psíquicas. Es decir, en un primer momento la repetición asoma como una forma de «actuar» (*Agieren*<sup>2</sup>) durante el tratamiento analítico según los ejes de la resistencia activada durante el análisis. Posteriormente observaremos antiguos padecimientos asociados a la repetición comandados por un «más allá» del principio de placer: *la pulsión de muerte*. Indiquemos que la repetición fue siempre una repetición de sucesos dolorosos pero ahora se explicita esta situación cuando Freud introduce importantes modificaciones a su metapsicología. La segunda tópica freudiana da una nueva morfología a esta tendencia a repetir el sufrimiento mediante la incorporación de las instancias psíquicas elevando el problema a conflictos de orden moral y

---

<sup>2</sup> El *Diccionario del Psicoanálisis* de Chemama (2002 [1995]) plantea que con el término *Agieren* Freud “[...] intentaba recubrir los actos de un sujeto tanto fuera del análisis como en el análisis” (p. 2). *Agieren*, planteado de esta forma, mantiene una ambigüedad, pues, por un lado, significa moverse, actuar, producir una acción y, por otro lado, significa reactualizar en la transferencia una acción anterior, sin embargo, para este caso preciso, el *Agieren* de Freud, según el *Diccionario*, “[...] vendría en lugar de un «acordarse»: por lo tanto, más bien actuar que recordar, que poner en palabras” (p. 2). Los psicoanalistas franceses han adoptado el término *acting out* adjuntándole por traducción y sinonimia el de *passage à l’acte* (pasaje al acto), aunque únicamente reteniendo del acto el aspecto de la interpretación a dar en la transferencia.

pulsional. La repetición como «actuación», como retorno de algo mortificante que incomoda al sujeto y lo expone a las más diversas situaciones de sufrimiento moral es la clave de esta parte de la investigación. La compulsión a la repetición brota como una actuación repetitiva de una tendencia a la autodestrucción que se aloja al interior del yo, vehiculizada por la instancia superyoica. Destacaremos cómo la compulsión a la repetición se ubica en los bordes de lo psíquico, en los límites de la eficacia psíquica de la pulsión.

La tercera parte de la investigación indagará la *elaboración psíquica* (*psychische Verarbeitung*) como lo propio que realiza el aparato psíquico. Esta parte es de gran importancia ya que actúa como bisagra de los dos conceptos anteriores. Analizaremos consideraciones iniciales de Freud sobre cómo el aparato psíquico debe domeñar lo sexual mediante inscripciones estabilizantes, sin olvidar las dificultades que esto acarrea. El aparato psíquico tiene la función de domeñar y tramitar los estímulos que surgen desde el interior del organismo para evitar de esta manera un anegamiento de energía asociada al displacer. Advertiremos además cómo el sistema inconsciente debe comerciar, tramitar y trabajar con representaciones para mantener el equilibrio del sistema en su conjunto. Finalmente observaremos la instancia yoica como instancia mediadora efectuando complejas operaciones y transformaciones de su estructura y funcionamiento para responder a las exigencias pulsionales y del mundo exterior.

En las conclusiones y discusión intentaremos condensar, articular y debatir los temas desarrollados con la perspectiva de ver en la compulsión a la repetición la «propagación» del movimiento pulsional en tanto insuficiencias de las operaciones intrapsíquicas.

**PRIMERA PARTE:**  
**LA PULSIÓN SEXUAL Y SU RELACIÓN CON LA NEUROSIS**

## **Capítulo 1.- Efecto retardado (*Nachträglich*) del trauma psíquico infantil (1893-1898)**

Los trabajos de Freud de la última década del siglo XIX son un aporte seminal para la comprensión de la neurosis como un cuadro sintomático de una vasta riqueza y complejidad. En pocos años Freud delinea las ideas fuerza que balizan el desarrollo conceptual de su metapsicología.

En este capítulo de la tesis intentaremos abordar aquellas ideas freudianas iniciales que van dando forma al concepto de «trauma psíquico» bajo la figura de una sexualidad infantil pervertida por un agente externo. El encuentro con una realidad insuperable y perniciosa marca la sexualidad infantil e inicia el camino de la neurosis. *Trauma psíquico, represión, retorno de lo reprimido y efecto retardado (Nachträglich)* son los útiles conceptuales con los cuales se va configurando la neurosis como repetición del pasado no recordado. Asimismo observaremos cómo Freud transita, en forma progresiva, de la consideración de la neurosis como el efecto de un trauma externo al miramiento por una «disposición pulsional infantil» en la causación de la neurosis.

### **a) Trauma externo y respuesta del psiquismo**

En primer lugar Breuer y Freud (1893-95) observan al igual que en las *neurosis traumáticas* de los ataques histéricos se puede seguir el accionar causal de un accidente anterior que provocó las actuales exteriorizaciones, es decir, en cada ataque histérico los enfermos “[...] alucinan siempre el mismo proceso [...]” (p. 30). Con la introducción de la idea de *trauma psíquico* la histeria adquiere cierta especificidad que se va diferenciando gradualmente de otros traumas más mecánicos. Para los autores, por ejemplo, el trauma psíquico, o su recuerdo, se comporta “[...] al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente” (p. 32). De este modo el proceso ocasionador, la vivencia, produce efectos presentes: “[...] *el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias*” (p. 33).

En estos momentos de la obra freudiana la vivencia penosa –traumática-, acaecida en la historia del sujeto continúa produciendo efectos en la actualidad como ataques histéricos, es decir, *acontece el mismo proceso* que no es otra cosa que la emergencia de las reminiscencias del trauma.

Breuer y Freud (1893-95) observan todavía que ante situaciones traumáticas el psiquismo dispone de modos de tramitación de las excitaciones tales como son la *abreacción* y la *asociación*. El primero es descarga del afecto a través de la motilidad o el lenguaje. Por asociación a través del pensar entienden que el trauma psíquico es incorporado al gran complejo de la asociación. Finalmente el *olvido* también opera como un modo de tramitación o desgaste de representaciones que son ineficaces afectivamente.

Los autores exponen entonces la idea de que el psiquismo trabaja en la tramitación del trauma mediante operaciones de descarga y desgaste asociativo, pero cuando vuelven a los fenómenos histéricos observan que los recuerdos del trauma no son accesibles para los enfermos ya que “[...] *estas vivencias están completamente ausentes de la memoria de los enfermos en su estado psíquico habitual, o están ahí presentes sólo de una manera en extremo sumaria*” (Freud, 1893-95, p. 35). Las condiciones para ello son la falta de reacción por parte del enfermo debido a la naturaleza del trauma y al estado mental en que se encontraba el sujeto durante esa vivencia. La introducción conceptual de un estado mental particular denominado *hipnoide*, durante el ocasionamiento de la vivencia traumática, es para los autores el fenómeno básico de la histeria. Este estado anormal se caracteriza por la escisión de la conciencia o como una doble conciencia. Así la histeria se debate entre esta predisposición a la disociación y la gravedad del trauma: “[...] el ataque espeja aquellos sucesos que se elevaron a la condición de traumas en virtud de haber sobrevenido en un momento particular de predisposición” (Freud y Breuer, 1893-95, p. 39).

En la misma época Freud (1893) vuelve sobre esas ideas ratificando que la patogénesis de los síntomas histéricos debe buscarse necesariamente en el ámbito de la vida psíquica, es decir, “[...] se deduce que en su interior se repite la

escena del accidente, tal vez adornada con diversos fantasmas {*Phantasme*}" (p. 30). Específicamente *aquello que se repite en los síntomas histéricos es una vivencia teñida de afecto*, de este modo plantea que "Existe una total analogía entre la parálisis traumática y la histeria común, no traumática" (Freud, 1893, p. 32). Pero en la histeria común domina una serie de traumas psíquicos, "[...] toda una historia de padecimiento" (Freud, 1893, p. 32). El trauma psíquico tiene como condición el acrecentamiento de la *suma de excitación* no abreaccionada a tiempo, interceptada, no llevada a la acción y, por lo tanto, "[...] *el histérico padece de unos traumas psíquicos incompletamente abreaccionados*" (Freud, 1893, p. 39).

Por el momento apuntemos que la histeria y sus manifestaciones son el efecto presente y repetitivo (lo mismo) de un grupo de representaciones traumáticas de origen externo y pasado que no fueron abreaccionadas o desgastadas asociativamente en ocasión del trauma psíquico, su contexto es una historia de padecimientos en conformidad a una predisposición a disociar la conciencia. Agreguemos además que muy temprano Breuer y Freud vislumbran que en estados normales de conciencia el sujeto dispone de dispositivos psíquicos de tramitación para manejar sucesos dolorosos, los cuales pueden ser alterados cuando existe cierta predisposición a la disociación. La terapia catártica del decir en estos momentos de la obra freudiana intentará reproducir esas condiciones normales de funcionamiento anímico para liberar las representaciones no abreaccionadas. *Las reacciones histéricas son adquiridas por el impacto de la realidad sobre un psiquismo bajo condiciones de imposibilidad de tramitación, es decir, los síntomas histéricos son la repetición del trauma padecido.*

## **b) Trauma sexual y rol de la defensa**

Freud (1894) en *Las neuropsicosis de defensa* comienza a introducir modificaciones a la teoría de la neurosis histérica. Alejándose de manera progresiva de los conceptos de escisión de la conciencia, de estados hipnoides y de la degeneración como condiciones en la causación de la neurosis distingue una

*histeria de defensa* como una *histeria adquirida*. Estos pacientes se caracterizan por presentar una normal salud psíquica que se mantiene sólo “[...] hasta el momento en que sobrevino un caso de *inconciliabilidad en su vida de representaciones*, es decir, hasta que se presentó en su yo una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla [...]” (Freud, 1894, p. 49). En el caso de las mujeres, la mayoría de las veces, las representaciones están asociadas a *un vivenciar y sentir sexuales del cual se intentan defender* con el propósito de “[...] «ahuyentar» {*fortschieben*, «empujar lejos»} la cosa, de no pensar en ella, de sofocarla” (Freud, 1894, p. 49).

La histeria adquirida es en este caso *el intento defensivo de alejar a un grupo de representaciones no acordes al yo*, pues estas representaciones recuerdan la cosa, «la cosa sexual». Ahora bien, para Freud (1894), ante estas exigencias un yo con *capacidad convertidora* logrará “[...] *trasponer* {*umsetzen*} a lo corporal la suma de excitación [...]” (p. 50). Precisamente, debido a la *aptitud para la conversión histérica*, la excitación acontecerá en inervaciones motrices o sensoriales que mantengan un nexo con el trauma “[...] que de continuo retorna [...]” (p. 51).

Retorno del trauma mediante el mecanismo de conversión al cuerpo es la forma con la cual la histeria responde defensivamente a las excitaciones desprendidas del trauma psíquico.

En el caso de los neuróticos aquejados de fobias y de representaciones obsesivas Freud (1894) expone que la representación se separa del afecto, pero este último permanece en el ámbito de lo psíquico liberado y adhiriéndose a otras representaciones más conciliables con la conciencia. De este modo las representaciones “[...] *devienen representaciones obsesivas*” (p. 53). Estas representaciones se encuentran relacionadas con *la vida sexual* de sus pacientes “[...] se trataba de una defensa continua frente a representaciones sexuales que llegaban en forma permanente, vale decir, de un trabajo que aún no había alcanzado su acabamiento” (p. 55).

Lo sexual se nos presenta entonces como una cosa que asoma permanentemente, bajo otras representaciones, por no haber sido trabajada por el psiquismo en su momento de irrupción.

En el caso de las psicosis la defensa es más enérgica y exitosa ya que según Freud (1894) “[...] el yo desestima {*verwerfen*} la representación insoportable junto con su afecto y se comporta como si la representación nunca hubiera comparecido” (p. 59).

Entonces conversión al cuerpo en la histeria, divorcio entre representación y afecto en las obsesiones y fobias, y desestimación de la representación en la psicosis alucinatorias *son los modos como lo psíquico se defiende de representaciones inconciliables con el yo*. La insistencia y permanencia de estas psicopatologías es su naturaleza sexual-traumática en articulación con los mecanismos defensivos prevaletentes en las diferentes formas de neuropsicosis.

En la continua búsqueda de las causas específicas de la histeria y de la neurosis obsesiva, así como de la *neurastenia de Beard* y de la *neurosis de angustia*, Freud (1896a) corrobora el valor del componente sexual como aquello que determina la sintomatología. Para las primeras unos acontecimientos importantes de la vida pasada, para las segundas, desórdenes de la vida sexual actual.

Específicamente en lo que respecta a la histeria Freud (1896a) observa la acción de un agente externo como causa específica, es decir, “[...] una *experiencia precoz de relaciones sexuales con irritación efectiva de las partes genitales, resultantes de un abuso sexual practicado por otra persona [...]*” (p. 151). Esta experiencia se produce en la niñez temprana antes de la pubertad y es *experimentada de manera pasiva*. Esta experiencia prematura conserva una huella psíquica que se despierta únicamente durante la pubertad: “[...] *el recuerdo obrará como si fuera un acontecimiento actual*. Hay, por así decir, *acción póstuma {posthume} de un trauma sexual*” (p. 153).

Tal como se aprecia *lo sexual*, en tanto trauma producido por un agente externo durante la niñez, produce efectos *a posteriori* debido a la maduración de

los órganos sexuales que permite la pubertad reactivando el recuerdo. El carácter actual del acontecimiento se explica porque el recuerdo permaneció inconciente durante la niñez.

Para la neurosis obsesiva, a diferencia de la histeria, el acontecimiento sexual precoz se especifica por haber sido experimentado, de acuerdo a Freud (1896a), con sensación de placer, inspirada por el deseo y el goce de las relaciones sexuales. De esta manera los reproches obsesivos formulan “[...] unos reproches que el sujeto se dirige a causa de este goce sexual anticipado [...]” (p. 154).

Tenemos entonces que la histeria y sus síntomas, así como la neurosis obsesiva y sus reproches mentales, son los resultantes de un complejo proceso de reactivación del recuerdo del trauma sexual experimentado originalmente durante la temprana niñez. Su permanencia en el inconciente se debe a la falta de recursos madurativos del organismo durante la infancia. Atravesado este período infantil la pubertad se escenifica como un organismo que reactiva el recuerdo ya sea en el plano corporal o psíquico. *El trauma retorna en otro código debido a la defensa impuesta y su insistencia es la evidencia de una elaboración insuficiente, de un no querer pensar en eso.*

### **c) Sexualidad y retorno de lo reprimido**

Freud (1896b) posteriormente en las *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa* reúne la histeria y la neurosis obsesiva bajo el título de *neuropsicosis de defensa* ya que nacen mediante el mecanismo psíquico de la *defensa inconciente*, es decir, “[...] a raíz del intento de reprimir una representación inconciliable que había entrado en penosa oposición con el yo del enfermo” (p. 163). En una extensa nota al pie de página Freud (1896b) aclara las condiciones para la represión de las representaciones de contenido sexual. Si la vivencia sexual traumática ocurrió en el período de inmadurez sexual –y su recuerdo es despertado durante la madurez-, el recuerdo produce un efecto excitador de mayor envergadura que en su tiempo produjo la vivencia debido a la

capacidad acrecentada de reacción del aparato sexual durante la pubertad, “[...] esta proporción inversa entre vivencia real y recuerdo parece contener la condición psicológica de una represión” (p. 168). Bajo estas condiciones de la vida sexual “*Los traumas infantiles producen efectos retardados {nachträglich} como vivencias frescas, pero entonces los producen inconcientemente*” (p.168).

En la investigación y análisis de la naturaleza y mecanismo de la neurosis obsesiva Freud (1896b) perfila con detalle la acción de la represión. Primero ocurre la vivencia sexual pasiva, ejecutada por la seducción de un otro, luego, agresiones ejecutadas a un otro con placer, de modo activo. De esta manera “[...] las *representaciones obsesivas* son siempre *reproches* mudados, que retornan de la *represión* {desalojo} y están referidos siempre a una acción de la *infancia*, una acción *sexual* realizada con placer” (p. 170). Ahora bien, la clave del mecanismo de esta neurosis es el *retorno de lo reprimido* o *fracaso de la defensa*. De acuerdo a Freud (1896b) el retorno de los recuerdos y de los reproches no ingresan inalterados en la conciencia, sino bajo la forma compulsiva de representaciones y afectos obsesivos como unas *formaciones de compromiso* entre las representaciones reprimidas y las represoras. Ante la irrupción de los síntomas de compromiso –como retorno de lo reprimido-, se pueden formar una serie de otros síntomas como *defensas secundarias* que constituyen *medidas protectoras*. Estas *acciones obsesivas* adquieren un carácter compulsivo: compulsión a pensar y examinar, manía de duda, medidas expiatorias y preventivas, miedos y aturdimiento son algunas de sus manifestaciones. Existe así una trasferencia de la compulsión que va desde las representaciones y afectos obsesivos hasta los síntomas de defensa secundaria y viceversa. Vale decir: el camino de la represión de los recuerdos penosos se lleva a cabo por *sustitución* o “[...] desplazamiento a lo largo de ciertas categorías asociativas [...]” (p. 175).

Los síntomas actuales de la neurosis obsesiva son la secuela de un complejo proceso que se inicia con el trauma sexual vivenciado primero pasivamente y el reproche impuesto por el placer experimentado durante la infancia de modo activo. Desde aquí y finalizado el período infantil defensas primarias, fracaso de la represión y defensas secundarias son parte de una red

asociativa de recuerdos, afectos, pensamientos y acciones que se superponen, sustituyen y refuerzan para mantener la neurosis obsesiva. *Se aprecia que el retorno de lo reprimido es la reaparición desfigurada de un complejo sexual que no deja de exigir acciones para su estabilización.*

#### **d) «Más atrás» de la escena traumática**

Freud (1896c) advertido de la complejidad de un cuadro como la histeria resuelve que en ésta ningún síntoma puede explicarse por una sola vivencia, *sino de un conjunto de otras vivencias conectadas vía asociación, es decir, los síntomas se encuentran sobredeterminados.* Se produce así un encadenamiento de recuerdos eficaces que “[...] se remontan mucho más atrás de la escena traumática [...]” (p. 197). El examen de los síntomas de la histeria lleva a Freud (1896c) a percibir nexos asociativos que constituyen o son constituidos a su vez por diferentes puntos nodales, y donde “[...] infaliblemente se termina por llegar al ámbito del vivenciar sexual” (p. 198) como condición etiológica de los síntomas histéricos. Particularmente observa “[...] la injerencia de unas fuerzas pulsionales sexuales [...]” (p. 199). Este «más atrás» es un particular estado *infantil* de las funciones psíquicas y del sistema sexual en el momento en que ocurre el trauma y que hace posible que sobrevenga posteriormente patógeno.

En lo que respecta al estallido de la histeria Freud (1896c) ratifica la presencia de un *conflicto psíquico* donde representaciones inconciliables activan la *defensa* del yo: “Estas escenas tienen que estar presentes como *recuerdos inconcientes*; sólo en la medida misma en que son inconcientes pueden producir y sustentar síntomas histéricos. [...] *Los síntomas histéricos son retoños de unos recuerdos de eficiencia inconciente*” (p. 210). En este escenario Freud (1896c) incorpora además una importante observación; los histéricos serían personas “[...] incapaces de tramitar estímulos psíquicos” (p.216), debido al carácter inconciente de éstos.

Con estos datos se puede desde ya indicar que los síntomas histéricos son productos de un *proceso inconciente*, de ahí su eficacia. Sus «causas primeras»

se remontan a escenas sexuales dolorosas de la primera infancia de las cuales el yo se intenta defender. En todo caso dificultades para tramitar los estímulos por parte de los histéricos y fuerzas pulsionales que se ubican «más atrás» del trauma asoman como nuevos factores en la cartografía de la histeria.

Este «más atrás» es el esbozo de unas *fuerzas pulsionales sexuales* que asoman como un nuevo razonamiento para comprender el carácter sexual del traumatismo. Freud (1898) en *La sexualidad en la etiología de las neurosis* bosqueja que de acuerdo a su experiencia los niños “[...] son capaces de todas las operaciones sexuales psíquicas, y de muchas somáticas” (p. 272). El aparato sexual del ser humano extendido más allá de los genitales exteriores y de las glándulas genésicas, y una vida sexual que comienza ya en la infancia son los nuevos dispositivos conceptuales con los que Freud (1898) enfrenta su clínica: “A partir de estos nexos acaso se comprenda por qué unas vivencias sexuales de la infancia forzosamente tendrán un efecto patógeno. Pero sólo en mínima medida despliegan su efecto en la época en que se producen; mucho más sustantivo es su efecto retardado {*nachträglich*}, que exclusivamente puede sobrevenir en períodos posteriores de la maduración” (p. 273). Finalmente considera que una mejor comprensión del fenómeno psiconeurótico implica el supuesto de un *aparato psíquico* cuya composición y modo de trabajo hará de la enfermedad una formación de la misma serie que los sueños.

De este capítulo de la tesis consagrado a los efectos retardados del trauma psíquico infantil diremos que las manifestaciones histéricas son en un comienzo de la obra freudiana el corolario de un trauma externo afectivamente teñido. A través de estas manifestaciones el psiquismo del histérico *repite la escena* por no haber sido abreaccionada o asociada en ocasión del trauma. Desde este punto de vista se deduce que la histeria es una neurosis *adquirida* cuyo mecanismo básico es la *defensa*. La defensa es el intento de mantener lejos de la conciencia una representación inconciliable con el yo, un no querer saber de ello.

Concretamente el trauma sexual infantil y su representación son ocasionados por un agente externo adulto. La huella de esta experiencia actúa

*póstumamente*, es decir, el trauma infantil produce *efectos retardados (Nachträglich)* debido a la inmadurez del organismo infantil. *El efecto retardado del trauma es el retorno de lo reprimido por fracaso de la defensa.*

Hacia el final de esta etapa de la obra freudiana, que abarca desde el año 1893 hasta 1898, se vislumbra que en la etiología de la histeria colaboran al ataque del agente externo *fuerzas pulsionales provenientes del infante* que hacen al efecto patógeno. A su vez *maduración y trabajo de lo psíquico* son los requisitos para que la activación del trauma devenga efecto retardado. Finalmente señalaremos que la neurosis y sus síntomas son la repetición en código diverso – debido al trabajo de lo psíquico-, de un trauma sexual infantil en articulación con una *disposición pulsional sexual* con efecto retardado debido a la inmadurez del organismo infantil.

## Capítulo 2.- Lo sexual infantil que insiste: la pulsión sexual (1905-1917)

Como pudimos apreciar la pulsión sexual asoma de manera progresiva como una «disposición pulsional sexual». La repetición sintomática que exhibe la neurosis no puede ser explicada exclusivamente como la repetición de una vivencia traumática. Asoma una *necesidad de repetir* alimentada por fuerzas de origen interno independientes del ataque de la realidad. Lo que se repite es una sexualidad «perversa-polimorfa», disposición universal que se singulariza en cada caso según sus destinos.

En este capítulo abordaremos entonces la pulsión sexual y su relación con la neurosis como una necesidad de repetir lo infantil que insiste. Asimismo observaremos la arquitectura de un montaje pulsional cuyo nexos con el cuerpo exige al aparato anímico operaciones defensivas para contrarrestarlas.

También apreciaremos la capacidad de las pulsiones sexuales para desplazarse a lo largo del desarrollo psicosexual así como de adherirse a ciertos puntos de satisfacción libidinal. Para esto tomaremos a la pulsión sexual desde algunos textos de los años 1905 a 1917.

### a) La necesidad de repetir la satisfacción: esquema de la pulsión sexual

Freud (1905) en los *Tres ensayos de teoría sexual* explicita la estructura pulsional sexual que subyace a las perversiones y neurosis de los adultos en tanto establecidas por una especial disposición sexual infantil. Comienza esclareciendo que las mociones sexuales son la expresión de una *pulsión sexual* o *libido* que “[...] se cuentan entre las menos dominadas por las actividades superiores del alma, aun en las personas normales” (p. 135). Por otro lado vislumbra en las perversiones de los adultos algo innato, pero “[...] algo que es innato en todos los hombres [...]” (p. 156). Este innatismo es rastreable ya en el niño y explicaría el *infantilismo de la sexualidad* adulta en la perversión y en la neurosis, e incluso en la vida sexual llamada normal, es lo que Freud (1905) distingue como *disposición perversa polimorfa*: “[...] la disposición a las perversiones es la disposición

originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos [...]” (p. 211). Desde este momento la obra freudiana da un giro sustancial en la comprensión del despertar sexual del niño. Si antes el factor de la seducción marcaba el sacudir sexual, ahora para Freud (1905) “[...] ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de fuentes internas” (p. 173).

De la referencia al infantilismo de la sexualidad adulta Freud (1905) aborda entonces la sexualidad infantil y sus fuentes.

La sexualidad infantil es un fenómeno que se iba comprobando en la indagación psicoanalítica cuando Freud (1905) describe el *autoerotismo* como su rasgo más esencial, vale decir, “[...] el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio [...]” (p. 164). En el caso del chupeteo los labios del niño se comportan como una *zona erógena*, y la estimulación por el aflujo de la leche del pecho materno es la causa de la sensación de placer. Desde este momento “La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento [...]” (p. 165). Así la búsqueda de satisfacción mediante la estimulación de las zonas erógenas es una expresión de la *necesidad de repetir la satisfacción* que antes se vivenció y que ahora se trasluce mediante “[...] un peculiar sentimiento de tensión, que posee más bien el carácter del displacer, y una sensación de estímulo o de picazón *condicionada centralmente* y proyectada a la zona erógena periférica” (p. 167).

Necesidad de repetir la satisfacción, estimulación de las zonas erógenas y la presencia de pulsiones parciales (la pulsión de ver y de la crueldad) son los factores que para Freud (1905) comandan el nacimiento de la pulsión sexual como un todo complejo: “Es posible que en el organismo no ocurra nada de cierta importancia que no ceda sus componentes a la excitación sexual de la pulsión sexual” (p. 186).

De esta forma Freud (1905) intenta sintetizar aquellos factores eficaces que influyen sobre el desarrollo sexual posterior perturbado: solicitud *{Entgegenkommen}* de la constitución sexual, precocidad sexual que acrecienta el carácter compulsivo de las subrogaciones psíquicas de la pulsión, factores

temporales o secuencia atípica de la activación pulsional, *adhesividad* {*Haftbarkeit*} o *fijabilidad* {*Fixierbarkeit*} de las exteriorizaciones sexuales infantiles que provocan “[...] su repetición compulsiva y prescriban para toda la vida los caminos de la pulsión sexual” (p. 221) y la fijación de vivencias por la seducción de un otro cooperan conjuntamente en la causación de la enfermedad.

La pulsión sexual entonces brota como un complejo proceso corporal de difícil modulación psíquica que busca la satisfacción de una tensión interna mediante *la repetición de un encuentro original (experiencia de satisfacción) con el objeto de la infancia*.

Apuntemos que la pulsión sexual hunde sus raíces en una corporalidad desdoblada en zonas erógenas, como si la pulsión tomara un rumbo que va desde el interior del organismo a la periferia de éste para satisfacerse mediante una modalidad autoerótica que la convierte propiamente en pulsión sexual. Los neuróticos y los perversos son el *pathos* de la pulsión sexual que repite su proceder de manera compulsiva.

En esa misma época Freud (1906 [1905]) en *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* esquematiza en buena medida lo que han sido sus principales hallazgos en materia de sexualidad y neurosis. Reexamina el papel de la seducción a niños por adultos cuyo rol en la causación de la neurosis comienza a pasar a un segundo plano así como los influjos accidentales que afectaban la sexualidad. Por este camino plantea que en sus primeras investigaciones no lograba distinguir con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos y los hechos reales: “[...] desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil)” (p. 266). Caído el elemento «traumático» como factor causal la práctica sexual infantil indica la dirección que seguirá la vida sexual en la fase de la madurez. Asimismo, la concepción que se tenía de los síntomas histéricos también se modifica, éstos ya no son retoños directos de lo reprimido sexual infantil “[...] sino que entre los síntomas y las impresiones infantiles se intercalaban las fantasías (invenciones de recuerdos) de los enfermos, casi

siempre producidas en los años de la pubertad” (p. 266). De acuerdo a Freud (1906 [1905]) se ha pasado de la hipótesis de los «traumas sexuales infantiles» al «infantilismo de la sexualidad».

Otro aspecto de relevancia a considerar es que al ceder lo «traumático» como lo ocasionador de la neurosis Freud (1906 [1905]) vuelve a la consideración de la constitución y la herencia pero desde un punto de vista completamente diferente al de una disposición neuropática general. Para el autor la constitución sexual, en tanto disposición sexual constitucional del niño, es *perversa-polimorfa*, es decir, combinada con la composición interna de la pulsión y surgida de diversas fuentes orgánicas. De este modo el camino de la sexualidad infantil confrontada con la represión determinará la elección de la psiconeurosis y su sintomatología.

Desde esta perspectiva Freud (1906 [1905]) puede decir que *los síntomas son la práctica sexual de los neuróticos*: “[...] Quien aprende a interpretar el lenguaje de la histeria puede percibir que la neurosis no trata sino de la sexualidad reprimida de los enfermos” (p. 270), sexualidad que puede ser practicada en su integridad, parcialidad, perversidad o normalidad.

El nuevo escenario que surge de estas consideraciones es que la elección de la neurosis y su sintomatología no puede asociarse directamente a una experiencia traumática experimentada durante la infancia. La fantasía surge como una defensa frente a la propia sexualidad perversa-polimorfa, pulsional y parcial. La sexualidad adulta queda determinada por una constelación sexual infantil. *La neurosis y sus síntomas es «lo infantil» que insiste, como una necesidad de repetir una experiencia de satisfacción insaciable que no se adapta, que no aprende y que sólo puede ser reprimida.*

## **b) Estructura y destinos de pulsión**

De los trabajos metapsicológicos de Freud *Pulsiones y destinos de pulsión* de 1915 posee un lugar especial, pues en este texto se aborda de manera específica la naturaleza, los destinos y las vicisitudes de la pulsión sexual. Debido a la importancia de este escrito para la prosecución de nuestra tesis lo

abordaremos tomado aquellos elementos que, a nuestro juicio, son los más relevantes para nuestro objetivo.

Comencemos pues, con lo que el creador del psicoanálisis comunica respecto a lo pulsional. Para Freud (1915a) la pulsión sería un estímulo para lo psíquico, pero un estímulo que proviene del propio organismo y que opera de manera diversa sobre lo anímico, por lo tanto se requieren *diferentes acciones para eliminarlo*.

Otro rasgo fundamental de la pulsión, de acuerdo a Freud (1915a), es su fuerza constante, pues asalta desde el interior del organismo y la huida nada puede hacer para eliminarlo: “Será mejor que llamemos «necesidad» al estímulo pulsional; lo que cancela esta necesidad es la «satisfacción». Esta sólo puede alcanzarse mediante una modificación, apropiada a la meta (adecuada), de la fuente interior del estímulo” (p. 114).

Desde este punto de vista el aparato psíquico debe realizar acciones específicas para satisfacer esta fuerza constante que es el estímulo, avizorándose cómo lo psíquico debe vérselas con lo pulsional.

A partir de una perspectiva biológica Freud (1915a) reafirma la *exigencia de trabajo* que significa para el organismo el mundo interior de las pulsiones: “[...] plantean exigencias mucho más elevadas al sistema nervioso y lo mueven a actividades complejas, encadenadas entre sí, que modifican el mundo exterior lo suficiente para que se satisfaga a la fuente interior del estímulo” (p. 116). Retomando el punto de vista anímico Freud (1915a) dirá que la pulsión es: “[...] un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que le es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (p. 117)

Es decir, la noción de pulsión permite distinguir que la vida anímica debe «trabajar lo pulsional» por su conexión con lo somático, distinguiéndose una relación de subordinación de lo psíquico a lo corporal, no se puede huir de esta dependencia, siempre algo (una acción, por ejemplo) se debe realizar.

Un aspecto cardinal en la teoría del aparato psíquico, de acuerdo a Freud (1915a), es que éste se encuentra regulado por el *principio de placer*, vale decir, que es regulado de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer como reflejo del modo en que el psiquismo somete los estímulos: “[...] el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución” (p. 116).

Igualmente, la pulsión, como concepto y para su mejor aprehensión, se encuentra en conexión con otras nociones que permiten su descripción y análisis. Según Freud (1915a) estos conceptos son *esfuerzo*, *meta*, *objeto* y *fuentes* de la pulsión. Veamos cada una de ellas siguiendo al autor:

- *Esfuerzo (Drang)*: es el factor de motilidad, la suma de fuerza, la medida de exigencia de trabajo que ella representa {*repräsentieren*}. Es la esencia y el *factor universal* de toda pulsión.
- *Meta (Ziel)*: es la satisfacción que se logra cancelando el estado de estimulación de la fuente de la pulsión. Los caminos que llevan a la satisfacción pueden ser variados, graduales y/o parciales.
- *Objeto (Objekt)*: es aquello en o por lo cual se alcanza la satisfacción. *Es variable*, pudiendo ser un objeto ajeno o una parte del propio cuerpo, satisfaciendo a una o más pulsiones a la vez. Cabe destacar que la pulsión puede *fijarse* a un objeto durante el curso de su desarrollo.
- *Fuente (Quelle)*: es el proceso somático, orgánico, cuyo estímulo es representado {*repräsentiert*} en lo psíquico por la pulsión.

Ahora bien, la variedad de pulsiones que pueden ser descritas no amaga la posibilidad de que sean reconducidas a una mínima categoría, dual en el caso de Freud (1915a), quien distingue dos grupos de pulsiones primordiales: las *pulsiones yoicas* o *de autoconservación* y las *pulsiones sexuales*. Estas últimas, de acuerdo

al autor, se caracterizan por ser numerosas, brotando de diferentes fuentes somáticas y son de carácter independiente en su actuar. Su fin o meta es el logro del *placer de órgano* y, sólo en el estado de síntesis, entran al servicio de la *función de reproducción*. Al principio, continúa Freud (1915a), se apoyan y orientan en las pulsiones de autoconservación, proveyendo a estas últimas del componente libidinal.

Como hemos visto el aumento de la fuerza pulsional exige al aparato psíquico poner en marcha su principio regulador para cancelar el displacer. La simple huida o el desplazamiento del organismo en su medio ambiente es una acción estéril frente a esta demanda. A consecuencia de esta imposibilidad de estructura la vida anímica debe realizar procesos internos *defensivos* para cancelar la sensación de displacer. Veamos entonces, a continuación, los diferentes destinos de la pulsión sexual.

Los *destinos de la pulsión sexual* son los modos con que Freud (1915a) conceptualiza las fuerzas contrarrestantes o defensivas de una prosecución directa de las pulsiones. De acuerdo al autor, cuatro destinos son posibles, de los cuales dos –*el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona*–, esquematizamos en el siguiente cuadro<sup>3</sup>:

---

<sup>3</sup> Cabe señalar que, según las notas de Strachey a los trabajos sobre metapsicología, Freud examina la sublimación en el trabajo sobre el «narcisismo», aunque el tema habría sido tratado en uno de los trabajos metapsicológicos perdidos. La represión tiene su capítulo especial en los trabajos sobre metapsicología como el mismo Freud lo menciona.

Destino	Proceso	Resultado/efecto
Trastorno hacia lo contrario	Cambio de <i>meta</i> : de la actividad a la pasividad	<i>Sadismo</i> («martirizar») es reemplazado por el <i>masoquismo</i> («ser martirizado»)
		<i>Placer de ver</i> («mirar») es reemplazado por la <i>exhibición</i> («ser mirado»)
	Cambio de <i>contenido</i> : del amor al odio	La mudanza del <i>amor</i> en <i>odio</i>
Vuelta hacia la persona propia	Cambio de <i>objeto</i> : del objeto al yo	<i>Masoquismo</i> (sadismo vuelto hacia el yo)
		<i>Exhibicionismo</i> (incluye mirarse el propio cuerpo)

Figura 1. Cuadro que esquematiza los destinos de pulsión trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la persona propia

Para Freud (1915a) los destinos de pulsión *vuelta hacia la persona propia* y el trastorno *de la actividad a la pasividad* no agotan del todo el monto de energía pulsional disponible, pues un *quantum* de ella subsiste aún como meta *activa*, original, junto a la pasiva más reciente, derivándose de aquí el fenómeno de la *ambivalencia*.

Por otro lado, siguiendo a Freud (1915a), diremos que estos mismos destinos de pulsión dependen de la organización narcisista del yo, vale decir, del estadio en donde las pulsiones sexuales se satisfacían de manera autoerótica. De aquí se deriva un principio fundamental: *los destinos de pulsión vuelta hacia la persona propia y el trastorno de la actividad a la pasividad tienen, por principio, una meta activa, apuntan hacia una satisfacción de tipo narcisista (autoerótica)*.

Freud (1915a) expone que el destino de pulsión *trasposición de amor en odio* no puede ser reducido únicamente al conjunto de las pulsiones parciales. De todos modos, de acuerdo al autor, el amar no sólo encuentra su contrario en el odio, sino también en el *ser amado* y en la *indiferencia*. A su vez, el *ser amado* se correspondería con la vuelta de la actividad en pasividad, cuya posición básica narcisista sería el *amarse a sí mismo*. Para una mejor comprensión de las

permutaciones y destinos del amor Freud (1915a) propone considerar las tres oposiciones generales que rigen la vida anímica:

- *Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior)*: oposición entre yo y no-yo que surge en conformidad a la estimulación detectada tanto del mundo exterior como del interior pulsional.
- *Placer-Displacer*: oposición ordenada por el mecanismo del principio de placer.
- *Activo-Pasivo*: oposición en tanto el yo se comporta pasivo (lo femenino) frente a los estímulos externos pero se conduce activo (lo masculino) debido a sus propias pulsiones.

Recordemos que el yo originario, de acuerdo a Freud (1915a), en tanto organización narcisista, logra satisfacer en parte sus pulsiones de manera autoerótica y, por lo tanto, el mundo exterior, asoma como no investido con interés, es decir, es indiferente para el logro de la satisfacción. En este caso el sujeto (yo) coincide con lo placentero y el mundo exterior con lo indiferente, estableciéndose de esta forma la *indiferencia* como una primera polaridad del amar (en este caso *amarse a sí mismo*).

Debido al principio de placer, continúa Freud (1915a), el yo recoge en su interior (introyecta) los objetos que las pulsiones de autoconservación proveen y son fuente de placer y, por otro lado, expulsa (proyecta) al mundo exterior los objetos que de su interior le producen displacer y siente como hostil. En este caso sujeto (yo) coincide nuevamente con lo placentero y mundo exterior con lo *displacentero*, estableciéndose de esta manera el *odio* (al objeto) como la segunda polaridad del amar.

Acerca de la mudanza de amar a ser-amado respondería, según Freud (1915a), a la injerencia de la polaridad entre actividad y pasividad.

Nos gustaría citar, de manera textual, a Freud (1915a) concluyendo respecto a los destinos de pulsión y sus articulaciones con las tres grandes polaridades que rigen el funcionamiento de lo anímico: “[...] los destinos de pulsión consisten, en lo esencial, en que *las mociones pulsionales son sometidas a las influencias de las tres grandes polaridades que gobiernan la vida anímica*. [...] la que media entre actividad y pasividad puede definirse como la *biológica*; la que media entre yo y mundo exterior, como la *real*; y, por último, la de placer-displacer, como la *económica*” (p. 134)

¿Qué podemos decir de todo lo anterior? Primero: la pulsión sexual, en tanto fuerza constante, *exige al aparato psíquico un trabajo de elaboración y transformación de la energía libidinal debido a que su aumento es sinónimo de displacer* (principio de placer). Segundo: la elaboración y transformación de la fuerza pulsional displacentera no dependerá exclusivamente del principio de placer, aunque es el principio económico regente, *sino también de la organización narcisista del yo, es decir, del grado en que el yo logró satisfacer sus pulsiones en sí mismo durante su desarrollo*. Tercero: los destinos de pulsión no son contingentes, *son el efecto de rutas y mecanismos psíquicos establecidos por leyes propias de lo corporal-pulsional y del estatuto del objeto-realidad exterior*.

En otras palabras los destinos de pulsión son la secuela de operaciones que realiza el aparato psíquico para evitar una prosecución directa de la fuerza pulsional cuyo efecto sería el displacer. Bajo la tutela del principio de placer el aparato anímico se ve exigido a trabajar, a transformar lo pulsional siguiendo principios u operaciones dicotómicas.

### **c) Movilidad y fijación pulsional**

El desarrollo libidinal y las organizaciones sexuales tienen un antes que el primado de los genitales durante la adultez. La sexualidad humana posee una

movilidad hacia la progresión y la regresión, así como la capacidad de fijarse en ciertas etapas, objetos y modos de satisfacción «pregenitales», debido a la plasticidad de la pulsión sexual.

Freud (1917 [1916-17]a), en la 21° conferencia de «Introducción al Psicoanálisis», califica a la organización sexual infantil como *pregenital*, como una organización laxa de la sexualidad, donde predominan las pulsiones *sádicas* y *anales*: “La organización sádico-anal es la etapa que precede inmediatamente a la fase del primado genital” (p. 298). Pero antes de esta organización sexual existirá otra aún más primitiva donde la zona erógena de la boca juega un papel principal.

Esta vida sexual pregenital –que se sitúa antes de la subordinación de todas las pulsiones parciales bajo el primado de lo genital al servicio de la reproducción-, es para Freud (1917 [1916-17]a) “[...] una vida sexual descompaginada, una práctica autónoma de las diversas pulsiones parciales que aspiran a un placer de órgano” (p. 299).

Son justamente estas posibilidades de organización libidinal, como etapas progresivas de desarrollo sexual por las que el sujeto atraviesa y se conforma, que admiten al sujeto retornar a ellas según ciertas circunstancias y caminos recorridos y, de este modo, repetir modos de satisfacción durante la adultez, espacialmente en la neurosis y perversión.

Seguidamente en la 22° conferencia Freud (1917 [1916-17]b) establece de modo general que en patología un desarrollo por etapas acarrea los peligros de la *inhibición* y de la *regresión* de los logros alcanzados, es decir, que *las pulsiones pueden fijarse en ciertas satisfacciones parciales*. También expone que “[...] las partes que ya han avanzado pueden revertir, en un movimiento de retroceso, hasta una de esas etapas anteriores; a esto lo llamamos *regresión*” (p. 310). La aspiración sexual al verse obstaculizada a satisfacerse regresaría hacia aquellos puntos de fijación anteriores: “Mientras más fuertes sean las fijaciones en la vía evolutiva, tanto más la función esquivará las dificultades externas mediante una regresión hasta aquellas fijaciones [...]” (p. 310).

En la neurosis de transferencia de acuerdo a Freud (1917 [1916-17]b) la regresión es una regresión hacia objetos incestuosos investidos por la libido y un

retroceso de toda la organización sexual a estadios anteriores. La primera es característica de la histeria, la segunda de la neurosis obsesiva, especialmente hacia la organización sádico-anal. En ambas la represión juega un papel, sin ella se desembocaría en la perversión.

Por este camino Freud (1917 [1916-17]b) vislumbra que para que un sujeto devenga neurótico debe ocurrir, por un lado, una «frustración», la cual “[...] para producir efectos patógenos tiene que recaer sobre la forma de satisfacción que la persona quiere con exclusividad, la única de la que ella es capaz” (p. 314), siendo la *viscosidad* {*Klebrigkeit*} un rasgo de la libido que explicaría esta adherencia tenaz a ciertos objetos y orientaciones. De todos modos ante este escenario las pulsiones sexuales –debido a su *plasticidad*–, pueden reemplazarse unas a otras, intercambiar sus intensidades y mudar su objeto y de este modo escapar del sometimiento del primado de lo genital. Es este sentido se comprende que “[...] en la etiología de la neurosis la fijación libidinal es el factor interno, predisponente, y la frustración es el factor externo, accidental” (p. 315).

La pulsión sexual se estaciona por viscosidad en ciertos estadios y objetos de satisfacción libidinal durante su desarrollo, frustraciones posteriores al logro de las satisfacciones preferidas abrirán el camino regresivo hacia puntos de satisfacción pregenitales, o sea, el sujeto se cobijará en aquellos modos de satisfacción libidinal pregenitales ya conocidos. En tanto adulto neurótico, *el sujeto repetirá una forma de organización libidinal infantil que comandará la producción de sus síntomas.*

Para concluir este capítulo dedicado a la pulsión sexual y su relación con la neurosis planteamos que la pulsión es la fuerza, el motor del funcionamiento psíquico y el origen del malestar. Obliga al psiquismo a trabajar, a elaborar, a modificar su estructura interna y su entorno para dar respuesta a las demandas endógenamente generadas. La pulsión es fuerza en movimiento y en estancamiento. La pulsión funciona como un sistema compuesto por partes (empuje, fuente, meta, objeto) que lo hacen analizable. Es un sistema cerrado en su propio circuito repetitivo y circular, e inadaptable en última instancia.

La neurosis y sus síntomas son en un principio de la obra freudiana *la repetición con efecto retardado* –en otro código (corporal o mental en la histeria y en la neurosis obsesiva respectivamente)-, *de un trauma sexual* padecido en la infancia que se articula progresivamente con una «disposición pulsional sexual». De forma gradual lo pulsional sexual asoma como algo endógeno que hunde sus raíces en el cuerpo como zona erógena estimulable. *La repetición de un encuentro original con el objeto de satisfacción en articulación con una zona erógena durante la infancia marca la ruta y los destinos pulsionales.*

La sexualidad infantil, en tanto *perversa-polimorfa*, hace de la neurosis adulta una forma de *repetir antiguas satisfacciones* difíciles de educar y que sólo pueden ser reprimidas o transformadas según mecanismos de funcionamiento orientados por el principio de placer.

Inadaptable en última instancia la pulsión busca la satisfacción a toda costa exigiendo al aparato psíquico complejas operaciones económicas y tópicas. Si la satisfacción no es admisible la pulsión no vacilará en regresar hacia puntos de satisfacción infantiles para dar cumplimiento a sus aspiraciones.

De esta manera el desarrollo pulsional, así como sus fijaciones y regresiones, marcan los modos de satisfacción de cada sujeto, *el neurótico repite modos de satisfacción pulsional siguiendo los hitos de su historia.*

**SEGUNDA PARTE:**  
**LA REPETICIÓN PULSIONAL EN LOS BORDES DE LO PSÍQUICO**

## Capítulo 1.- Repetir el sufrimiento (1901-1920)

La «compulsión a la repetición» es una noción que describe una serie de hechos observados y deducidos por Freud en el transcurso de su elaboración teórica y práctica clínica. Su conceptualización implicó un reajuste de la teoría pulsional pues traía tras de sí nuevos y antiguos problemas que requerían ser descifrados para un mejor entendimiento del funcionamiento psíquico y la psicopatología.

La compulsión a la repetición constituye una forma en acto de la pulsión. La pulsión como «trauma endógeno» mueve al sujeto hacia acciones irrefrenables y (auto)destructivas de las cuales no se puede huir con un simple desplazamiento del organismo en su medio ambiente. Es más que un simple repetir, es una necesidad de repetir comandada por un más allá del principio de placer. De este modo la compulsión a la repetición adquiere nuevas aristas, se complejiza al articularse con otras nociones y adquiere un estatuto y valor heurístico.

«Actuar» (*Agieren*), *compulsión a la repetición* y *pulsión de muerte* son las nociones con las cuales abordaremos este capítulo de la tesis centrando nuestra atención especialmente en textos que van de 1901 a 1920, además de algunos otros posteriores a 1920 relacionados con nuestra problemática.

### a) Actuar en la situación analítica

La *compulsión a la repetición* propiamente tal aparece en la obra de Freud en el campo de la clínica en momentos en que los pacientes en lugar de recordar «actuaban» (*Agieren*) lo reprimido durante la transferencia.

Inicialmente Freud (1905 [1901]) en el caso «Dora» reflexiona sobre las circunstancias de la ruptura del vínculo terapéutico con su paciente. Reconoce y examina que la transferencia lo ubicó en el lugar del padre y del señor K. En este escenario «Dora» -al haberse creído engañada por el señor K.-, abandona el tratamiento: “De tal modo, *actuó {agieren}* un fragmento esencial de sus recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlos en la cura” (p. 104).

Entonces, primer aspecto a destacar sobre el *Agieren* de Freud: *el «actuar» (abandono del tratamiento) aparece en lugar de reproducir recuerdos y fantasías esenciales durante la transferencia de la paciente.*

En segundo lugar, en el trabajo *Sobre la dinámica de la transferencia* de 1912, que forma parte del conjunto de textos consagrados a la técnica analítica, encontramos otra mención en Freud (1912) del *Agieren* en relación al tratamiento de neuróticos bajo transferencia: “Las mociones inconcientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación del inconciente. Al igual que en el sueño, el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconcientes; quiere actuar {*agieren*} sus pasiones sin atender a la situación objetiva {*real*}. El médico quiere constreñirlo a insertar esas mociones de sentimiento en la trama del tratamiento y en la de su biografía, subordinarlas al abordaje cognitivo y discernirlas por su valor psíquico. Esta lucha entre médico y paciente, entre intelecto y vida pulsional, entre discernir y querer «actuar», se desenvuelve casi exclusivamente en torno de los fenómenos transferenciales” (p. 105).

De esta extensa cita del *Agieren* freudiano digamos por el momento: *el «actuar» del paciente durante la cura aspira a actualizar y objetivar, como en un sueño, sin atención a la situación objetiva, mociones inconcientes que no quieren ser recordadas.*

En tercer lugar, en el trabajo *Recordar, repetir y reelaborar* de 1914, que también forma parte de los textos consagrados a la técnica analítica, encontramos nuevamente el concepto *Agieren*, en relación al tratamiento de neuróticos en transferencia y a la «repetición»: “Es cierto que se presentan casos que durante un trecho se comportan como en la técnica hipnótica, y sólo después se deniegan; pero otros tienen desde el comienzo un comportamiento diverso. Si nos atenemos al signo distintivo de esta técnica [análisis de las resistencias] respecto del tipo anterior [hipnosis], podemos decir que el analizado no *recuerda*, en general, nada

de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; *lo repite*, sin saber, desde luego, que lo hace” (Freud, 1914a, pp. 151-52).

Extraigamos de esta cita la siguiente premisa: *el «actuar» o la «acción» del paciente durante la cura es una «repetición» de lo olvidado y reprimido por no poder recordar.*

Un poco más adelante Freud (1914a) nos da un ejemplo: “El analizado no refiere acordarse de haber sido desafiante e incrédulo frente a la autoridad de los padres; en cambio, se comporta de esa manera frente al médico” (p. 152). Retengamos de esta cita que el paciente, bajo transferencia, se *«comporta» en lugar de acordarse.*

Luego, tras haber indicado la regla fundamental a un paciente de un prolongado historial clínico, Freud (1914a) expone: “Calla, y afirma que no se le ocurre nada. Esta no es, desde luego, sino la repetición de una actitud homosexual que se esfuerza hacia el primer plano como resistencia a todo recordar. Y durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición; uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar” (p. 152).

De la referencia anterior concluyamos que *la «compulsión de repetición» es una «resistencia» a todo recordar, pero es, de todos modos, una forma de recordar.*

Vemos como Freud (1914a) introduce la compulsión de repetición en la clínica en sus relaciones con el «actuar»: “Por supuesto que lo que más nos interesa es la relación de esta compulsión de repetir con la transferencia y la resistencia. [...] la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente. Por eso tenemos que estar preparados para que el analizado se entregue a la compulsión de repetir, que le sustituye ahora al impulso de recordar, no sólo en la relación personal con el médico, sino en todas las otras actividades y vínculos simultáneos de la vida –p. ej., si durante la cura elige un objeto de amor, toma a cargo una

tarea, inicia una empresa-. Tampoco es difícil discernir la participación de la resistencia. Mientras mayor sea esta, tanto más será sustituido el recordar por el actuar (repetir)” (pp. 152-53).

Esta cita presenta una relación de tipo *recursiva* de la repetición con la transferencia, pues esta última es sólo una parte de la repetición, y ésta es, a su vez, la transferencia del pasado olvidado. Otro aspecto importante a destacar es que la compulsión a repetir no sólo es un fenómeno que aparece y se reduce al *setting* terapéutico, sino también a las otras actividades que el paciente realiza durante su vida cotidiana, donde el sujeto se ve compelido a vérselas con la repetición de su pasado olvidado. Otro componente a considerar es la resistencia a recordar, que mientras más poderosa sea, devendrá en una mayor tendencia a actuar, es decir, a repetir. La compulsión a la repetición brota como una transferencia masiva más allá del diván.

De todo lo anterior –es decir, de los diferentes niveles de relación entre la compulsión a la repetición, la transferencia y la resistencia-, se vislumbra una relación de causalidad mínima en afinidad con nuestra tesis: *el «actuar» (repetir) asoma como una derivación de una compulsión a repetir el pasado no recordado por acción de la resistencia.*

Continuando en el escenario de la transferencia Freud (1914a) expone que si la “[...] transferencia se vuelve hostil o hiperintensa, y por eso necesita de represión, el recordar deja sitio enseguida al actuar. Y a partir de ese punto las resistencias comandan la secuencia de lo que se repetirá” (p. 153). Es decir, *la presión que ejerce una transferencia de este tipo llama a la represión, que bloquea la actividad del recuerdo, abriendo paso al «actuar».*

Terminemos el uso de los recursos conceptuales que nos provee el texto *Recordar, repetir y reelaborar* con una cita sobre la naturaleza del «actuar» (repetir) en los neuróticos: “¿Qué repite o actúa, en verdad? [...] sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos del carácter. Y además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas” (Freud, 1914a, p. 153)

Entonces, para destacar de esta cita, diremos que *los neuróticos repiten, mediante el recurso al «actuar», una serie elementos de la personalidad, tales*

*como sus inhibiciones y rasgos patológicos del carácter, además de sus síntomas, especialmente durante la cura.*

De las citas anteriores extrajimos una serie de enunciados respecto al «actuar» (*Agieren*) freudiano, que ahora presentamos de manera compendiada para arribar a una conceptualización unificadora de la compulsión de repetición:

- el «actuar» aparece en lugar de reproducir recuerdos y fantasías esenciales durante la transferencia,
- el «actuar» durante la cura aspira a actualizar y objetivar, como en un sueño, sin atención a la situación objetiva, mociones inconcientes que no quieren ser recordadas,
- el «actuar» o la «acción» del paciente durante la cura es una «repetición» de lo olvidado y reprimido por no poder recordar,
- la «compulsión de repetición» es una «resistencia» a todo recordar, pero es, de todos modos, una forma de recordar,
- el «actuar» asoma como una derivación de una compulsión a repetir el pasado no recordado,
- la presión que ejerce una transferencia hostil o hiperintensa llama a la represión, que bloquea la actividad del recuerdo, abriendo paso al «actuar»,  
y
- lo que el neurótico repite mediante el recurso al «actuar» es una serie de elementos de su personalidad, tales como sus inhibiciones y rasgos patológicos del carácter, además de sus síntomas, especialmente durante la cura.

Expresemos, a manera de conclusión de esta sección de la investigación dedicada al «actuar» y a la compulsión a la repetición, que *el Agieren*, en tanto fenómeno clínico, *es la repetición compulsiva aquí y ahora, dentro y fuera del análisis, de lo reprimido inconciente*. Ahora bien, eso apremiante que se repite son los aspectos patológicos de la personalidad del sujeto, *se repite eso que no anda bien en el sujeto*.

En segundo lugar, tal como se puede apreciar en los textos aquí revisados, el *Agieren* es un fenómeno observable (conductual, actitudinal) que irrumpe de manera compulsiva lo que sería un normal curso de la actividad del recuerdo, es decir, el *Agieren* se escenifica en detrimento de la exigencia de la regla fundamental, y por lo tanto, se emparenta con una forma de resistencia.

Hay que recalcar que es la resistencia (represión) aumentada, por intensificación de la transferencia, la que bloquea el recuerdo facilitando de este modo el actuar-repetir aquello reprimido. Es decir, la compulsión a la repetición es una consecuencia de la represión de mociones pulsionales despertadas en la transferencia.

Enfaticemos que el «actuar» asoma como una derivación de una «compulsión a repetir» el pasado no recordado, pero aún Freud no ahonda en el origen y naturaleza de esta repetición en acto, es decir, esto sólo comienza a delimitarse con la introducción especulativa que provee la metapsicología.

## **b) «Trauma endógeno»: la pulsión de muerte**

El texto *Más allá del principio de placer* comienza con la ratificación del primado del principio de placer en el decurso de los procesos anímicos, pese a esto, Freud (1920) menciona una serie de casos donde este principio es cuestionado. Con el antecedente de que la mayoría de los procesos anímicos no van acompañados de placer plantea que en el alma existen *otras fuerzas o constelaciones que contrarían el principio de placer*: la inhibición del principio de placer (proceso primario) por el principio de realidad (proceso secundario), la represión de las pulsiones durante el desarrollo del yo, la repetición del trauma en

el sueño de las «neurosis traumáticas» y el juego como repetición de displacer y ganancia de otro placer («*fort-Da*») dan a Freud los indicios de *un más allá del principio de placer*.

En lo que respecta a la repetición del trauma en el sueño Freud (1920) reitera que la vida onírica de aquellos enfermos que padecen una «neurosis traumática» devela cómo la situación de terror *vuelve una y otra vez en los sueños*, por lo tanto, el cumplimiento de deseo, como tendencia original del sueño, se ve afectado y desviado de sus propósitos originales, o bien, se estaría en presencia de tendencias masoquistas del yo.

Sobre el juego, como repetición de una impresión desagradable, Freud (1920) expone que permite al sujeto *apoderarse de un modo activo de la situación displacentera*, conquistando un placer directo, pero de otra índole. Este otro placer atestiguaría tendencias que van más allá del principio de placer, otras tendencias más originarias e independientes del principio de placer.

Posteriormente Freud (1920) sondea nuevamente los dos fenómenos que contrarían el principio de placer, uno clínico y otro procedente de la vida diaria. El primero caso se refiere a aquellos neuróticos que bajo transferencia *repiten en lugar de recordar lo reprimido*. El segundo caso describe y analiza a sujetos no neuróticos que *repiten* durante su vida conductas que los perjudican. En ambos casos una *compulsión de repetición* opera desde lo anímico. Pero ahora, a diferencia de lo escrito en 1914, comienza a introducir el fenómeno en el campo de la metapsicología más pura.

Reparemos sobre el primer caso. Con más de dos décadas de aplicación de la técnica psicoanalítica Freud (1920) se ve llevado a reconocer que la meta de devenir-conciente lo inconciente –mediante la interpretación del analista o mediante la construcción por parte del enfermo de sus recuerdos una vez señaladas sus resistencias-, se encontraba en un *impasse*: *los enfermos en lugar de recordar los contenidos de su pasado se veían forzados a repetir lo reprimido como una vivencia presente*. Los contenidos de esta repetición durante la cura tenían siempre elementos de la vida sexual infantil, es decir, guardaban una estrecha relación con las constelaciones del complejo de Edipo. En estas

circunstancias el trabajo del analista consistía en esforzarse en que el recuerdo superara a la reproducción.

Esta *compulsión a la repetición*, de acuerdo a Freud (1920), encuentra sus basamentos en lo reprimido inconciente que anhela irrumpir hasta la conciencia o hasta la descarga-placer por medio de una *acción real*, pero que es resistida por el yo, pues su vivencia produciría displacer. Ahora bien, aquí radica el descubrimiento freudiano que contradice el primado del principio de placer: “Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento [en el pasado del analizado] pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces” (p. 20).

Las constelaciones eficaces para la repetición displacentera en la transferencia se encuentran, de acuerdo a Freud (1920), en la vida sexual infantil del neurótico. Las pulsiones sexuales eran inconciliables con la realidad y con la etapa evolutiva del niño, por lo tanto, la pérdida del amor y el fracaso dejaron una marcada herida narcisista: “[...] los neuróticos repiten en la transferencia todas estas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad. Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión de desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos, hayan los objetos apropiados para sus celos, sustituyen al hijo tan ansiado del tiempo primordial por el designio o la promesa de un gran regalo, casi siempre tan poco real como aquel. Nada de eso pudo procurar placer entonces; se creería que hoy produciría un displacer menor si emergiera como recuerdo o en sueños, en vez de configurarse como vivencia nueva. Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer. Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello” (p. 21).

En esta misma lógica años después en *Inhibición, síntoma y angustia* Freud (1926 [1925]) observa en la compulsión de repetición una *técnica motriz* de la

defensa con que los neuróticos intentan cancelar la vivencia traumática: “Lo que no ha acontecido de la manera en que habría debido de acuerdo al deseo es anulado repitiéndolo de un modo diverso de aquel en que aconteció” (p. 115). En la «Addenda» de este trabajo modifica algunas ideas respecto a las resistencias durante el análisis y plantea que la compulsión de repetición *es el factor dinámico* que hace necesaria y comprensible la «reelaboración» {«*Durcharbeiten*»} por parte del paciente una vez superada las resistencias del yo: “[...] tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconcientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como *resistencia de lo inconciente*” (p. 149) o del *ello*.

Volvamos sobre el segundo caso destacado por Freud (1920) que cuestiona el primado del principio de placer que puede encontrarse en sujetos no neuróticos. Se trata de personas que determinadas por influjos de la temprana infancia dan la impresión de un destino fatal que los persiguiera, destino que el psicoanálisis juzgó como autoinducido y que se manifiesta en las relaciones con los otros siempre fracasada, vale decir, el «eterno retorno de lo igual». Ahora bien, en estos destinos fatales puede observarse con facilidad una conducta o rasgo *activo* por parte del sujeto que fuerza estas situaciones, pero también, y aún más sorprendente, son aquellas repeticiones vivenciadas de manera *pasiva*.

Freud (1920) finaliza la descripción de estos casos diciendo: “En vista de estas observaciones relativas a la conducta durante la transferencia y al destino fatal de los seres humanos, osaremos suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer. Y ahora nos inclinaremos a referir a ella los sueños de los enfermos de neurosis traumática y la impulsión al juego en el niño” (p. 22).

Interrumpámonos por un momento. Freud nos plantea, a diferencia de 1914a, la introducción de un nuevo elemento: no sólo se repite de forma compulsiva aquello que alguna vez provocó satisfacción, *sino también vivencias que ocasionaron insatisfacción*. Los antecedentes donde esta compulsión de repetición displacentera encuentra sus motivaciones es la vida sexual infantil del

sujeto. Y a pesar del displacer que procura su emergencia, se la repite, una compulsión esfuerza a ello, una compulsión ubicada más allá del principio de placer.

Entonces diremos que la compulsión de repetición es un proceso psíquico que reproduce en la actualidad experiencias de sufrimiento, su rasgo esencial no es la insatisfacción pulsional edipal o la experiencia de dolor anteriormente vivenciada (estaríamos en la dimensión del síntoma), *sino su exigencia de repetición regida por un más allá del principio de placer*. Además aquí asoma algo esencial para nuestra tesis: la repetición displacentera de los eventos dolorosos en sus diferentes expresiones freudianas es el *efecto* de la compulsión de repetición. Entonces podemos plantear que las experiencias de sufrimiento son «tomadas» por la compulsión de repetición que las hace repetir.

¿Y qué es este «más allá»? Este más allá del principio de placer es la *pulsión de muerte*: tesis freudiana que es y fue objeto de múltiples críticas e interpretaciones por su alto nivel especulativo respecto a la naturaleza de tal concepción, talante ya reconocido y explicitado por Freud (1920): “Lo que sigue es especulación, a menudo de largo vuelo, que cada cual estimará o desdeñará de acuerdo a su posición subjetiva. Es, además, un intento de explorar consecuentemente una idea, por curiosidad de saber adónde lleva” (p. 24).

Freud (1920) equipara las excitaciones endógenamente generadas, o sea, *las pulsiones*, con efectos perturbadores equiparables a los de la neurosis traumática. Las pulsiones obedecen al proceso psíquico primario y son los estratos superiores del aparato anímico los responsables de ligar las excitaciones: “El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática” (p.35). De este modo la compulsión de repetición observable en las actividades de la vida infantil y en la cura analítica “[...] muestran en alto grado un carácter pulsional [...]” (p. 35).

En relación a lo anterior Freud (1923 [1922]) destaca en *Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños* que la reproducción de vivencias penosas del período sexual de la primera infancia se debe a “[...] una

pulsión ascensional de intensidad extraordinaria, como «compulsión de repetición» capaz de yugular al esfuerzo de desalojo {*Verdrängung*, «represión»} que gravitaba sobre ellas al servicio del principio de placer” (p. 119).

Desde aquí esta demostración nos notifica que efectivamente hay displacer, hay insistencia del displacer que no puede ser explicada por el régimen del principio de placer. Sin negar este postulado Freud se aboca a ese más allá por el camino de la naturaleza de la pulsión.

Lo pulsional y la compulsión de repetición se entraman, de acuerdo a Freud (1920), según un carácter universal de las pulsiones: “*Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica*” (p. 36).

Freud (1920), según la cita anterior, inscribe un cambio significativo en la concepción de la pulsión: habitualmente concebida como factor que esfuerza al cambio y al desarrollo, la pulsión es desde ahora la expresión de la naturaleza *conservadora* del ser vivo. Por lo tanto, si todas las pulsiones orgánicas son de naturaleza conservadora, adquiridas históricamente y dirigidas a la regresión, entonces se debe atribuir a los influjos externos perturbadores los éxitos del desarrollo orgánico, continúa Freud (1920): “Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones *internas*, no podemos decir otra cosa que esto: *La meta de toda vida es la muerte*; y, retrospectivamente: *Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo*” (p. 38).

Entonces indiquemos que la compulsión a la repetición anhela la autodestrucción del sujeto (pulsión de muerte), es su misma naturaleza, pero, a su vez, la compulsión de repetición permite el dominio de las mismas excitaciones pulsionales a través del actuar de los neuróticos, es decir que la repetición del trauma en los sueños y en el juego permite al sujeto apoderarse de un modo activo de la situación displacentera. Respecto a este último punto, el polo del dominio, Freud (1920) menciona: “Así nos convencemos de que aun bajo el imperio del principio de placer existen suficientes medios y vías para convertir en

objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero” (p. 17).

Freud (1920), en este mismo trabajo, comienza a construir e introducir una nueva división pulsional. Si el yo, de acuerdo a la teoría del narcisismo, es *parte de los objetos sexuales de la libido*, la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales debe ser necesariamente corregida: “Nuestra concepción fue desde el comienzo *dualista*, y lo es de manera más tajante hoy, cuando hemos dejado de llamar a los opuestos pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, para darles el nombre de pulsiones de vida y pulsiones de muerte” (pp. 51-2).

Para un mayor esclarecimiento de la naturaleza de este nuevo dualismo pulsional Freud (1920), en una nota al pie de página, expresa que las pulsiones sexuales asomaron como una parte de Eros, es decir, de la gestión para esforzar la cohesión de las partes de la sustancia viva con otras: “[...] este Eros actúa desde el comienzo de la vida y, como «pulsión de vida», entra en oposición con la «pulsión de muerte», nacida por la animación de lo inorgánico” (p. 59). Ambas pulsiones, desde los orígenes, luchan entre sí.

Freud (1920) formula respecto a las pulsiones yoicas (en nota al pie de página agregada en 1921) calificarlas como de naturaleza libidinosa: en la medida que una parte de ellas ha tomado al yo como objeto sexual pertenecerían al mismo grupo de las pulsiones sexuales. Desde esta óptica, ambas pulsiones entrarían en oposición con *otras* pulsiones (de muerte) establecidas al interior del yo (“La especulación convirtió esta oposición en la que media entre pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte” [p. 59]), quizá discernibles en las *pulsiones de destrucción*.

Para reafirmar estas hipótesis Freud (1920) recalca que el principio de placer es una *tendencia* al servicio de una *función*: “[...] la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en él constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de excitación” (p. 60), en este sentido, “El principio de placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte” (p. 61).

La función de la pulsión de muerte es el logro del grado cero o mínimo de excitación dentro del aparato psíquico o el retorno a la muerte. Pero aún queda por aclarar de forma más exacta las relaciones de subordinación entre pulsión, pulsión de muerte y compulsión a la repetición. Tal vez la cita que a continuación sigue ayude a esta aclaración; Freud (1933 [1932]b) en la 32<sup>o</sup> conferencia *Angustia y vida pulsional* confirma: “[Las pulsiones] [...] se revelan como unos afanes por reproducir un estado anterior. Cabe suponer que en el momento mismo en que uno de estos estados, ya alcanzado, sufre una perturbación, nace una pulsión a recrearlo y produce fenómenos que podemos designar como *compulsión de repetición*” (p. 98). Freud (1933 [1932]b) indica, tal como lo hemos mencionado anteriormente, que vivencias olvidadas y reprimidas de la primera infancia se reproducen durante la cura en sueños y reacciones en el contexto de una transferencia, como exteriorizaciones de una compulsión de repetición ubicada más allá del principio de placer. Pero no sólo en el curso de un análisis es posible observar esta repetición compulsiva: existen personas que repiten durante su vida las mismas reacciones en su perjuicio, siendo ellas mismas –*sin saberlo*–, quienes se deparan este destino. “En tales casos adscribimos a la compulsión de repetición el carácter de lo *demoníaco*” (p. 99). Esta autodestrucción, de acuerdo a Freud (1933 [1932]b), sería la expresión de una pulsión de muerte que desea reproducir el estado de lo inorgánico perdido por el surgimiento de la vida.

Intentemos articular lo hasta aquí revisado en este capítulo de la tesis. El actuar de los sujetos en situación de análisis –o en lo que respecta a su vida cotidiana–, no puede ser pensado como una mera contingencia. Si la visión analítica lo incorpora a su clave teórica es porque nos lleva a considerar el determinismo de lo psíquico. La compulsión de repetición pasa de ser un mero «actuar» mediante lo motor a un suceso que viene *en lugar de otra cosa*. Viene en lugar del recuerdo, de lo reprimido inconsciente, ya que éste asoma como un peligro para el equilibrio anímico. En este sentido se comprende que Freud (1914a) diga que la compulsión de repetición es una manera de recordar.

La compulsión a la repetición no se puede demonizar, con cada salto teórico que da Freud las constelaciones de este fenómeno se escriben en una lógica interpretable. Asimismo se confirma la división del sujeto. La compulsión de repetición es el efecto de la división del sujeto, *es a la vez resistencia de lo inconciente-ello y ruptura de la resistencia yoica*, se encuentra en la frontera, es bifronte, como la pulsión de muerte, es su exteriorización. *La repetición es la naturaleza misma de la pulsión, el carácter compulsivo de la repetición es la insuficiencia de la elaboración anímica ante las exigencias de lo pulsional*. Pero la compulsión de repetición es también un intento de dominio, aunque insuficiente, de las excitaciones.

De todos modos un déficit de la elaboración psíquica deja a la pulsión liberada a su lógica descualificada donde muerte y sexualidad confluyen y se potencian como compulsión de repetición. *La compulsión a la repetición es un «representante motriz de la pulsión de muerte» por insuficiencias de la elaboración psíquica*.

Desde un punto de vista metapsicológico la compulsión a la repetición es el rostro que adquiere el esfuerzo de lo pulsional en tanto toda pulsión anhela por principio reproducir un estado anterior –el estado de lo inorgánico-, perturbado por estímulos externos que activaron la vida. Desde un punto de vista clínico-psicopatológico la compulsión de repetición se presenta al sujeto y al observador como una coerción mortificante, como algo «demoníaco» e inconciente que se actúa y que rompe la barrera de la represión, que impulsa, que se lleva a la acción por vía motriz, sustituyendo a la actividad del pensar. Del mismo modo son las experiencias de displacer e insatisfacción de la época infantil las que quedan inscritas en el inconciente como modelo a seguir en la serie de las repeticiones como «trauma endógeno».

## Capítulo 2.- La repetición en el conflicto de las instancias psíquicas (1923-1924)

El desarrollo de la teoría freudiana desde la segunda tópica y el reconocimiento de pulsiones que trabajan desligando los productos psíquicos y que empujan al sujeto hacia la destrucción de sí mismo, en sus diferentes formas, llevó a Freud a razonar y reubicar la presencia de diferentes instancias psíquicas (yo, ello y superyó) que luchan entre sí por el dominio del espacio psíquico y sus satisfacciones, fraccionando a lo anímico.

En esta parte de la tesis abordaremos cómo la compulsión a la repetición se articula en la nueva tópica tripartita de lo anímico. Se abordarán algunos pasajes de la obra freudiana que van desde el año 1923 a 1924.

### a) Superyó: arteria moral de la pulsión de muerte

En su segunda tópica Freud (1923) cataloga al yo como una instancia u organización psíquica coherente cuyo trabajo es gobernar los accesos a la motilidad, es decir, debe ejercer un control sobre sus procesos parciales. Ahora bien, no sólo debe trabajar sobre cantidades pulsionales que desean la descarga inmediata sino afrontar un *sentimiento inconsciente de culpa* que “[...] desempeña un papel económico decisivo en gran número de neurosis y levanta los más poderosos obstáculos en el camino de la curación” (p. 29).

Dentro del yo Freud (1923) observa la existencia de un grado o diferenciación que llamará *ideal del yo* o *superyó*, responsable de este sentimiento inconsciente de culpa. La génesis de esta instancia es una identificación primaria, directa e inmediata con el padre (o con los progenitores) de la prehistoria personal en el contexto del complejo de Edipo: “*Así, como resultado más universal de la fase sexual gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones, unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del yo*

*recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como ideal del yo o superyó*” (pp. 35-6).

Algo que se debe destacar del superyó es su doble faz, por un lado, de acuerdo a Freud (1923), asoma como un residuo de las primeras elecciones de objeto del *ello* y, por otro lado, emerge como una enérgica formación reactiva frente a ellas. En este sentido un rasgo esencial del superyó es la conservación del carácter del padre, “[...] y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconciente de culpa, sobre el yo” (p. 36). La fuerza compulsiva del superyó –que se exterioriza como *imperativo categórico*- es extraída de su descendencia de las primeras investiduras de objeto del *ello*, vale decir, está en relación con las adquisiciones filogenéticas del *ello* “[...] y lo convierte en reencarnación de anteriores formaciones yoicas, que han dejado sus sedimentos en el *ello*. Por eso el superyó mantiene duradera afinidad con el *ello*, y puede subrogarlo frente al yo” (p. 49).

El superyó por lo tanto figura como la instancia anímica que por un lado condensa las aspiraciones morales y represivas del padre y de sus sucesores como resto de la constelación edipal, en otras palabras provee de algún modo el «contenido» de la represión, pero su fuerza la obtiene de sunexo originario con el *ello*, en tanto reservorio pulsional, de ahí su carácter compulsivo como imperativo categórico hacia el yo.

Una de las formas clínicas que adquiere el superyó es la llamada *reacción terapéutica negativa*. Freud (1923) expone que se trata en estos casos de una resistencia a la curación comandada por un factor «moral», “[...] de un sentimiento de culpa que halla su satisfacción en la enfermedad y no quiere renunciar al castigo del padecer” (p. 50). De este modo se plantea que el empeño analítico consistirá en poner de manifiesto los fundamentos reprimidos inconcientes de este sentimiento de culpa para que el yo del enfermo, en *libertad*, decida sobre su uso ganancial. Se debe destacar entonces que este sentimiento de culpa es

normalmente inconciente pues, insiste Freud (1923), su génesis se enlaza íntimamente con el Edipo que pertenece al inconciente.

En el caso de la melancolía Freud (1923) vislumbra que el superyó se abate con furia destructiva sobre el yo –por pérdida del objeto-, apoderándose del sadismo completo del individuo: “Lo que ahora gobierna en el superyó es como un cultivo puro de pulsión de muerte [...]” (p. 54).

En el caso de algunas neurosis obsesivas Freud (1923) destaca que una regresión pregenital posibilita la trasposición de impulsos de amor en impulsos de agresión hacia el objeto y, a raíz de ello, la pulsión de destrucción queda liberada para aniquilar el objeto. Ante este escenario el yo se defiende de esas tendencias destructoras mediante formaciones reactivas y medidas precautorias pero, a su vez, el superyó lo responsabiliza de tales tendencias: “Desvalido hacia ambos costados, el yo se defiende en vano de las insinuaciones del ello asesino y de los reproches de la conciencia moral castigadora. Consigue inhibir al menos las acciones más groseras de ambos; el resultado es, primero, un automartirio interminable, en el ulterior desarrollo, una martirización sistemática del objeto toda vez que se encuentre a tiro” (p. 54).

Para Freud (1923) factores económicos hacen que a mayor limitación de la agresión hacia afuera devenga una mayor severidad y agresividad del superyó hacia el interior.

Ambos casos muestran como la pulsión de muerte se vuelve autodestructiva por falta de objeto en el primer caso y por facilidades que otorga la regresión en el segundo. *El superyó personifica entonces la mudez de la pulsión de muerte que desea el grado cero de excitación intrapsíquica, únicamente contrarrestada por los componentes libidinales que provee Eros.*

Respecto al yo, desde este punto de vista, tiene como una de sus funciones principales según Freud (1923) el ordenar temporalmente los procesos anímicos y someterlos al examen de realidad mediante “[...] la interpolación de los procesos de pensamiento [...]” (p. 56). Respecto a sus relaciones con el ello este último puede penetrar al yo de dos formas, una directa y la otra a través del ideal del yo como una formación reactiva contra las pulsiones del ello. Llegados a este punto

Freud (1923) ve al yo como un ser fronterizo y a modo de “[...] una pobre cosa sometida a tres servidumbres [...]” (p. 56): de la realidad, de la libido del ello y de la severidad del superyó.

Entonces el superyó se muestra como la instancia anímica que vehiculiza la pulsión de muerte proveniente del ello hacia el yo, condensa lo mortificante y los mandatos paternos y culturales mediante un ataque al yo. Este último reacciona con sentimientos de culpa que no conoce por el mal que aloja en su interior. El yo es un ser fronterizo, dividido en una instancia arcaica que lo precede y le exige satisfacción, y por una extensión superlativa moral que lo continua y le castiga por el goce que no conoce. Así se comprende la reacción terapéutica negativa como una reacción resistente al cambio o al bien-estar del sujeto, como una dificultad de pensar, pues el yo, en su sector inconciente, se ve compelido a sostener un modo de satisfacción donde muerte y sexualidad se ensamblan paralizando el desarrollo.

#### **b) La necesidad de ser castigado**

Para Freud (1924a) el masoquismo primario, erógeno, actuante desde los orígenes del sujeto psíquico, confirma la presencia de la pulsión de muerte en el interior del organismo en sus relaciones con la excitación sexual: “Así, ese masoquismo sería un testigo y un relicto de aquella fase de formación en que aconteció la liga, tan importante para la vida, entre Eros y pulsión de muerte” (p. 170).

En lo que respecta a nuestra tesis nos interesa indagar la tercera forma de masoquismo, el *masoquismo moral*, en tanto presencia de un sentimiento inconciente de culpa.

Freud (1924a) imputa a los pacientes que muestran una reacción terapéutica negativa la operación de un «sentimiento de culpa inconciente» o de una *necesidad de castigo* que da satisfacción al sujeto en tanto ganancia de la enfermedad: “Hemos atribuido al superyó la función de la conciencia moral, y reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el yo y el

superyó” (p. 172). El yo al no estar a la altura de su ideal reacciona con sentimientos de culpa.

Pero a Freud (1924a) le interesa marcar una diferencia. Siguiendo el caso de personas que dan la impresión de que sufrieran una gran inhibición moral y de una conciencia moral susceptible, estudiándolos de cerca “[...] notamos bien la diferencia que media entre esa continuación inconciente de la moral y el masoquismo moral” (p. 174). En el primer caso predomina el sadismo del superyó hacia el yo, en el segundo caso, *el yo pide ser castigado*. De aquí Freud (1924a) se desliza desde la consideración de un «sentimiento inconciente de culpa» hacia una «necesidad de ser castigado por un poder parental». El cuadro se complejiza pues de este modo la moral, como resultado de la desexualización del complejo de Edipo, mediante el masoquismo moral se resexualiza abriéndose la vía para “[...] una regresión de la moral al complejo de Edipo” (p. 175). En este contexto sujetos tentados a un actuar «pecaminoso», inapropiado, que trabajan en contra de su propio beneficio, que destruyen sus perspectivas y que, eventualmente, aniquilan su propia existencia lo que buscan infaliblemente es provocar el castigo de una conciencia moral sádica o del destino como representante del poder parental.

En lo que respecta a nuestra tesis la necesidad de castigo que muestra el masoquismo moral es la demostración de la pulsión de muerte alojada al interior del yo. El yo, dominado por una necesidad de castigo, se expondrá ante situaciones que van en contra de su integridad (moral) para ser castigado por el sádico superyó. *La clave se encuentra en la búsqueda activa, compulsiva y repetitiva –por parte del sujeto-, de ser castigado pues una satisfacción no reconocida actúa en él. Como circuito cerrado la compulsión a la repetición instalará al yo en una aporía donde placer y displacer conjugan a través del castigo.*

Para finalizar este capítulo de la tesis dedicado a la compulsión a la repetición en el contexto de las instancias psíquicas exponemos previamente que las vivencias de la primera infancia durante la constelación edípica marcan el

curso de la elección de la neurosis y sus síntomas. Esta repetición como expresión de la resistencia durante la intensificación de la transferencia impide el curso del pensar y facilita el *actuar*. Freud va más allá e indaga el carácter compulsivo de esta repetición hasta hallar sus basamentos pulsionales comandados por un más allá del principio de placer. Lo psíquico debe trabajar de este modo con cantidades que en ocasiones sobrepasan su capacidad representacional debido a la profusión continua de excitaciones endógenamente generadas. La resolución del complejo de Edipo es la escena donde se escriben y marcan los modos fundamentales con que el sujeto en formación responde y reacciona ante lo pulsional y la frustración. *La compulsión de repetición en la neurosis es la repetición de la sexualidad infantil elaborada insuficientemente.*

Ahora bien, ¿qué es eso que específicamente le otorga el rasgo compulsivo a la repetición, que no deja al sujeto libre del retorno constante de lo reprimido, que deja a lo anímico anegando de recuerdos tempestuosos pero de lo cual el sujeto no se anoticia y sólo reacciona? Eso que empuja hacia el fracaso de lo psíquico es la *pulsión de muerte*, factor autónomo y principio del funcionamiento orgánico que no obedece a la regulación psíquica regida por el principio de placer, la pulsión de muerte obedece a un más allá de este principio, es decir, lleva al límite el vaciamiento de la cantidad por principio metapsicológico. *La compulsión de repetición es la recreación en vida de la pulsión de muerte alojada al interior del yo.*

Concretamente la pulsión de muerte se escenifica por regulación libidinal, la muerte que se logra, o más bien lo mortificante en la vida, hace que los sujetos repitan una y otra vez situaciones dolorosas alimentadas por una tendencia masoquista que se instala como ataque al yo mediante la instancia superyoica. La pulsión de muerte, como cantidad negativa, es decir, en los bordes del funcionamiento psíquico, puede transformarse en pulsión de (auto)destrucción pero modulada por la regulación libidinal, las instancias y los objetos en el contexto edipal. El complejo de Edipo asoma como un dispositivo psíquico que permite a las pulsiones una dirección y montaje a través de sus instancias

herederas. El yo debe trabajar lo pulsional mediante la regulación de cantidades.

**TERCERA PARTE:**  
**ELABORACIÓN PSÍQUICA DE LO PULSIONAL**

## Capítulo 1.- Irrupción de lo sexual y remodelación onírica (1895-1899)

Nuestra premisa dice que los procesos de elaboración psíquica son los responsables de la tramitación, modulación y transformación de las excitaciones.

Recordemos que Freud (1915a) al referirse a la pulsión como concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, plantea respecto de ella que es un representante {*Repräsentant*} psíquico de los estímulos que se originan al interior del cuerpo y alcanzan el alma, “[...] como una medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (p.117).

En este capítulo, de acuerdo a los objetivos de la tesis, se describirán los procesos de elaboración psíquica de lo pulsional, es decir, puntualizaremos los mecanismos y efectos del trabajo de lo psíquico ante las exigencias de lo pulsional.

Primero nos detendremos especialmente en aquellos textos de la primera tópica que van desde los años 1895 al 1899, algunos de los cuales tratan de explicar el funcionamiento del aparato psíquico.

A su vez, iremos extrayendo los éxitos y fracasos de los procesos de elaboración psíquica de lo pulsional y las consecuencias de esta situación para ir delimitando y articulando un posible lugar a la compulsión de repetición.

### a) El yo neuronal ante las excitaciones endógenas

El aparato psíquico recibe una formalización singular en el texto *Proyecto de psicología* (1950 [1895]), pues el propósito de éste, de acuerdo a Freud, “[...] es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados por unas partes materiales comprobables [...]” (p. 339). Dos principios rigen la presente obra: 1) concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q (cantidad) sometida a la ley general del movimiento, y 2) suponer como partículas materiales las neuronas, por donde la cantidad circula y es descargada a través del movimiento de reflejo, de acuerdo al *principio de inercia*.

Freud (1950 [1895]) determina en este escrito a su vez la existencia de dos tipos de neuronas: las *neuronas pasaderas* o *neuronas  $\phi$*  y las *neuronas impasaderas* o *neuronas  $\psi$* . Las primeras se caracterizan por que no oponen ninguna resistencia a  $Q\dot{\eta}$  [cantidad intercelular], es decir, no retienen nada de cantidad de energía y sirven a la percepción. Las segundas poseen el carácter de la resistencia y retienen  $Q\dot{\eta}$ , son además “[...] portadoras de la memoria y probablemente también de los procesos psíquicos en general” (p. 344). Adicionalmente incorpora una tercera clase de neuronas, las *neuronas  $\omega$* , sistema neuronal relacionado con la *conciencia* y la *cualidad*.

Comencemos apuntando que conforme a Freud (1950 [1895]) el principio de inercia, es decir, la tendencia de las neuronas a liberarse de la cantidad de energía, es quebrantado por el hecho de que el sistema de neuronas recibe estímulos *desde el interior del organismo* de los cuales no puede sustraerse como lo hace con los estímulos que proviene del exterior: “Con la complejidad de lo interno, el sistema de neuronas recibe estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. [...] De estos estímulos el organismo no se puede sustraer como de los estímulos exteriores, no puede aplicar su  $Q$  para huir del estímulo” (p. 341). Ante esta situación el organismo debe realizar una operación denominada *acción específica*: por ejemplo, ante la necesidad de alimento (apremio de la vida) el sistema de neuronas debe almacenar  $Q\dot{\eta}$  (cantidad intercelular) para solucionar las demandas de la acción específica.

La acción específica, por lo tanto, se constituye como una acción en el mundo, como un operar sobre el mundo que permite al sistema de neuronas equilibrar los aumentos de energía que circulan por ella. Aquí asoma un primer trabajo del sistema de neuronas *ante el aumento de estímulos endógenamente generados*.

Ahora bien, debido a que en un comienzo el organismo humano es incapaz de tal acción específica, Freud (1950 [1895]) plantea la necesaria presencia de un *auxilio ajeno* para la realización de esta acción: “[...] por la descarga sobre el

camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* {*Verständigung*; o «comunicación»} [...]” (pp. 362-3).

Ahondemos entonces sobre estos «estímulos endógenamente generados» y sus efectos sobre el aparato neuronal: el núcleo de células  $\psi$  de acuerdo a Freud (1950 [1895]) se encuentra en conexión directa con las cantidades de excitación endógena “[...] y en esto reside el *resorte pulsional* del mecanismo psíquico” (p. 360). Los estímulos endógenos son de naturaleza intercelular, se generan de manera continua y sólo de forma periódica devienen estímulos psíquicos. Esta conexión directa de energía endógenamente generada posibilita “[...] en el interior del sistema la impulsión que sustenta a toda la actividad psíquica. Tenemos noticia de este poder como *voluntad*, el retoño de las *pulsiones*” (p. 362).

Entonces apuntemos que las excitaciones endógenamente generadas *son el impulso o resorte de toda la actividad psíquica y de las operaciones respectivas para su gestión, bajo el primado del principio de inercia.*

Este escenario de estímulos que impulsan continuamente –y de forma repetitiva-, al sistema de neuronas  $\psi$  a vivenciar experiencias de satisfacción y de dolor hace que se desarrolle en su interior, de acuerdo a Freud (1950 [1895]), una organización que se llamará «yo» la cual se “[...] puede figurar fácilmente si se reflexiona en que la recepción, repetida con regularidad, de  $Q\eta$  endógenas en neuronas definidas (del núcleo), y el efecto facilitador que de ahí parte, darán por resultado un grupo de neuronas que está constantemente investido, y por tanto corresponde al *portador del reservorio* requerido por la función secundaria” (p. 368).

Lo importante de esto para nuestra tesis es que de acuerdo a Freud (1950 [1895]) este sistema neuronal-«yo» debe influir por medio de una *inhibición* –que se realiza mediante una investidura colateral-, una prosecución directa de las excitaciones. Esto se realiza mediante la utilización de neuronas colaterales para desviar, por ejemplo, una imagen-recuerdo que puede despertar displacer directo y de este modo inhibir procesos psíquicos primarios. *A su vez el yo mediante la*

*inhibición permite discriminar entre percepción y recuerdo*: “con inhibición de un yo investido, los signos de descarga  $\omega$  [sistema neuronal relacionado con la conciencia y la cualidad] devienen universalmente *signos de realidad objetiva* que  $\psi$  aprende a valorar biológicamente” (pp. 371-2). De este modo la valorización correcta de los signos de realidad objetiva, mediante la inhibición del yo, permiten el surgimiento de los llamados *procesos psíquicos secundarios* que permiten, a su vez, una morigeración de los *procesos psíquicos primarios* (investidura del deseo hasta la alucinación, desarrollo total del displacer, que comportan un gasto total de defensa).

Más allá de la supervivencia biológica que permite al organismo la inhibición del curso directo de las excitaciones endógenamente generadas –mediante los procesos psíquicos secundarios–, nos interesa el surgimiento mismo de estos procesos secundarios como procesos de elaboración psíquica de lo pulsional. De este modo el *trabajo de pensar*, como *proceso*, brota como una forma de trabajo de lo psíquico.

De acuerdo a Freud (1950 [1895]) el *trabajo de pensar* propiamente tal consiste en que el yo debe hacer coincidir una investidura-deseo y una investidura-percepción: “La discordancia proporciona el empuje para el trabajo de pensar, que a su vez finaliza con la concordancia” (p. 373). Esta coincidencia se alcanza mediante el desplazamiento de  $Q\ddot{u}$  desde la percepción hasta la investidura-deseo cuya meta es el logro de un *estado de identidad*, es decir, las distancias entre ambas investiduras «despiertan el interés» que dan ocasión al trabajo de pensar. De este modo plantea que “El *proceso de pensar* consiste en la investidura de neuronas  $\psi$  con modificación de la compulsión facilitatoria mediante investidura colateral desde el yo” (p. 379).

Esta cita es clara pues marca una coordenada afín a nuestra tesis: *que el pensar en psicoanálisis es un trabajo de elaboración psíquica del impulso pulsional para que este adquiera eficacia psíquica*. Ahora bien, este esfuerzo de trabajo se complica y nada asegura su éxito, pues en ocasiones este proceso se perturba bajo ciertas condiciones como veremos a continuación.

Al final de la Parte II del «Proyecto» Freud (1950 [1895]) se extiende sobre las condiciones que hacen a la *perturbación del proceso de pensar por afecto*. Plantea que la perturbación del proceso psíquico normal tiene dos condiciones: la primera se relaciona con el desprendimiento sexual que se anuda a un recuerdo y no a una vivencia; la segunda dice sobre el desprendimiento sexual sobrevenido *prematuramente*. De este modo Freud apunta que “Es de experiencia enteramente cotidiana que un desarrollo de afecto inhiba el decurso de pensar normal, y ello de diversas maneras” (p. 405). Tal es el caso del olvido de los caminos del pensar que de otro modo se considerarían y la otra, sin mediar olvido, por recorrerse unos caminos que comúnmente se evitarían, particularmente los caminos de descarga. “En conclusión, el proceso afectivo se aproxima al proceso primario desinhibido” (p. 405).

Freud (1950 [1895]) indica además que mientras mayor sea la cantidad que pretende alcanzar decurso “[...] más difícil será para el yo el trabajo de pensar, que [...] consiste en un desplazar {descentrar} tentativo de pequeñas Q<sub>h</sub>” (p. 406). En este sentido el “[...] «reflexionar» es una actividad del yo que demanda tiempo, y no puede realizarse con intensas Q<sub>h</sub> en el nivel de afecto. De ahí, en el afecto, la premura y la selección de los caminos, semejante esta última al proceso primario” (p. 406).

Tempranamente Freud aprecia cómo lo sexual aflora como un elemento incompatible con los procesos de pensar, como un factor de difícil trabajo y elaboración mediante el uso de neuronas colaterales. El yo posee una línea directa con el resorte pulsional que le exige trabajar ya que, si esto no se logra, *una compulsión facilitatoria irrumpirá como descarga*.

## **b) Lo sexual es la excepción que no se transcribe**

También en la carta 52 de Freud dirigida a Fliess (Freud, 1950 [1892-99]) se vislumbra tempranamente el intento de mostrar un sistema psíquico compuesto por partes diferentes cuyo objetivo es reordenar las huellas mnémicas mediante *(re)transcripciones*. Freud (1950 [1892-99]) propone el siguiente esquema:

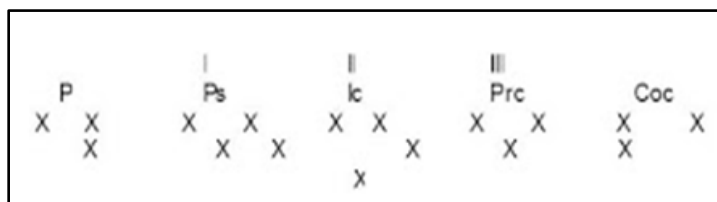


Figura 2. Esquema de Freud para los sistemas y huellas mnémicas

*P*, de acuerdo a Freud (1950 [1892-99]), corresponde a las neuronas donde se generan las percepciones a que se anudan conciencia, pero que en sí no guardan huella mnémica, “[...] *conciencia y memoria se excluyen entre sí*” (p. 275). *Ps*, o signos de percepción, es la primera transcripción de las percepciones, no susceptibles de conciencia, articuladas según asociación por simultaneidad. *Ic*, o inconciencia, como segunda transcripción, corresponde a huellas o recuerdos de conceptos, pero inaccesibles de conciencia. En último lugar, *Prc*, o preconciencia, es la tercera retrascrición, ligada a representaciones palabras, “[...] correspondiente a nuestro yo oficial” (p. 275). Desde esta preconciencia las investiduras se hacen concientes de acuerdo a ciertas reglas, “[...] esta *conciencia-pensar* secundaria es de efecto posterior {*nachträglich*} en el orden del tiempo [...]” (p. 275).

Entonces tenemos un orden –una orientación temporal-, de procesos diversos cuyo trabajo es retrascricir lo que el sistema anterior produjo. Conciencia y memoria, aunque mutuamente excluyentes, son los efectos de la estratificación espacial y de la tramitación de las huellas mnémicas restos de percepción.

Freud (1950 [1892-99]) indica el supuesto de que el mecanismo psíquico se ha generado por estratificaciones sucesivas, “[...] pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retrascrición*” (p. 274). Lo anterior vale para la memoria, la cual no preexiste de manera simple, sino múltiple, en variedad de signos.

Desde ya asoma la retrascrición como una *forma de trabajo del psiquismo* con las huellas mnémicas, *elaboración* que permite un orden posterior de los signos, como en el caso de la memoria.

Es interesante ver como Freud (1950 [1892-99]) se adentra en la descripción de la elaboración psíquica de las huellas mnémicas: “Quiero destacar que las transcripciones que siguen unas a otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. En la frontera entre dos de estas épocas tiene que producirse una traducción del material psíquico” (p. 276). Explica que la no producción de la traducción del material psíquico hace a las psiconeurosis. Desde el punto de vista de la nivelación cuantitativa plantea que cada reescritura posterior inhibe a la anterior desviando el decurso excitatorio: “Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior, [...] Subsistiría así un anacronismo, en cierta provincia regirán todavía unos «fueros», aparecen «relictos»” (p. 276).

Tenemos aquí una mención de la *ausencia de traducción o reescritura del material psíquico*. Esta carencia es solidaria con la presencia de modos de tramitación anteriores, es decir, un modo anacrónico de funcionamiento como resto que aparece en la actualidad.

¿Cómo se producen estas perturbaciones? De acuerdo a Freud (1950 [1892-99]) estas situaciones se motivan por el desprendimiento de displacer “[...] como si este displacer convocara una perturbación del pensar que no consintiera el trabajo de traducción” (p. 276). En este sentido plantea que la «represión», clínicamente observable, es la denegación {*Versagung*} de la transcripción.

Por lo tanto si una transcripción genera displacer la transcripción posterior no se lleva a cabo, es denegada, es reprimida. Ahora bien, existe una variedad de respuesta ante el displacer desprendido. Freud (1950 [1892-99]) detalla que dentro de la misma fase psíquica, y entre transcripciones de la misma variedad, se levanta una defensa *normal* a causa del surgimiento de displacer, en cambio, una defensa *patológica* “[...] sólo existe contra una huella mnémica todavía no traducida de una fase anterior” (p. 276). Por eso plantea que la defensa no depende directamente de la magnitud de displacer, sino, de si hubo o no transcripción anterior inhibidora de displacer.

Detengámonos por un momento. El displacer como efecto contrario de la tendencia a la nivelación cuantitativa perturba el pensar-traducir, es decir, el

pensar-traducir falla si no hubo un pensar-traducir previo que inhibiera el decurso excitatorio y, si esto no se produjo, la defensa es convocada como un modo de respuesta para evitar el displacer. Freud (1950 [1892-99]) dirá: “Si un suceso A despertó cierto displacer cuando era actual, la transcripción-recuerdo A1 o A11 contiene un medio para inhibir el desprendimiento de displacer en caso de re-despertar. Cuanto más a menudo se lo recuerde, tanto más inhibido terminará por quedar ese desprendimiento” (p. 276). Esta frase es clave pues define con precisión que cada traducción sucesiva es capaz de restar potencia al displacer en caso de re-despertar y es clave para la terapéutica pues el recordar es una forma de degradar el displacer.

Pero siempre hay una excepción. Para Freud (1950 [1892-99]) hay un caso donde la inhibición no es suficiente, aquí asoma *lo sexual*: “Si A, cuando era actual, desprendió cierto displacer, y al despertar desprende un displacer nuevo, entonces no es inhibible. El recuerdo se comporta en tal caso como algo actual. Y ello sólo es posible en sucesos sexuales, porque las magnitudes de excitación que ellos desprenden crecen por sí solas con el tiempo (con el desarrollo sexual)” (pp. 276-77). Freud (1950 [1892-99]) explica: “El suceso sexual en una fase produce entonces efectos como si fuera actual y es, por tanto, no inhibible en una fase siguiente. La condición de la defensa patológica (represión) es, entonces, *la naturaleza sexual del suceso y su ocurrencia dentro de una fase anterior*” (p. 277).

Freud (1950 [1892-99]) destaca además que no todas las vivencias sexuales desprenden displacer: “Cuando una vivencia sexual es recordada con diferencia de fase, a raíz de un desprendimiento de placer se genera compulsión, a raíz de un desprendimiento de displacer, represión. En ambos casos la traducción a los signos de la nueva fase parece estar inhibida” (p. 277).

Aquí asoma lo sexual como un factor excepcional, que por su naturaleza, no puede ser objeto de una escritura desgastante, pues se comporta de un modo constante operando desde una etapa anterior pero con efectos actuales. Ante este escenario displacentero únicamente la defensa patológica, la represión, puede contenerla.

Tomemos entonces algunas ideas claves de este texto freudiano que nos permiten sustentar nuestra tesis: desde ya podemos indicar la presencia de *un antagonismo central entre los procesos traductivos y el displacer sexual*. Los procesos traductivos parecen ser exitosos en tanto inhiben el decurso excitatorio desgastando el potencial displacentero, transformando el material bruto (suceso) en representaciones-palabra susceptibles de conciencia y pensamiento. Ahora bien, como todo proceso puede presentar fallas en su tarea transcriptoras, provocando un displacer que llama a la represión como única forma de contención, denegando su desarrollo. En este caso *lo sexual endógeno aparece como un material no traducible*.

¿Qué podemos extraer de estas observaciones que Freud hace de las operaciones psíquicas que sirvan a nuestros propósitos? Primero destacar un antagonismo que asoma entre, por un lado, la actividad del pensar y, por otro lado, lo sexual. Lo sexual emerge como lo no traducible, como dispensador de displacer y provocador de la represión. Las diferentes etapas o sistemas traductivos son impotentes y se perturban ante la naturaleza pulsional de lo sexual, por esto el aparato únicamente puede trabajar con huellas, con representaciones, no con excitaciones de un orden y magnitud diferente. De este modo se comprende mejor que frente a lo sexual dos respuestas son posibles: *compulsión por placer o represión por displacer*.

Parece que muy temprano Freud anuncia el fracaso de la traducción de lo sexual, pero es justamente la elaboración psíquica, el trabajo de lo psíquico, lo que permite mediar a través de formaciones de compromiso las exigencias pulsionales y las exigencias del yo.

Continuando con el punto anterior en esa misma época la *elaboración psíquica* de acontecimientos traumáticos (en este caso externos) fue cuestión de reflexión en los *Estudios sobre la histeria* (1893-95) de Freud y Breuer, este último, en la parte teórica de la obra, destaca como en las histerias traumáticas “En los días subsiguientes a un accidente de ferrocarril, por ejemplo, se revivirán las escenas terroríficas mientras se duerme y en la vigilia, siempre con renovación del

afecto de terror, hasta que al fin, pasado ese período de «elaboración psíquica» (Charcot) o de *incubación*, se produzca la conversión en un fenómeno somático” (p. 224).

La elaboración psíquica toma tiempo, especialmente cuando el monto de excitación es hiperintenso, como se aprecia en la repetición de la vivencia traumática, *aquí repetir es una forma de elaboración*: repetir es una forma en que el sujeto, de forma activa, se sitúa ante el trauma, como una forma de dominio durante un periodo previo a la formación de síntoma.

Más adelante cuando Freud (1895 [1894]) introduce el fenómeno de la «neurosis de angustia» vuelve a preocuparse por las insuficiencias psíquicas para dominar, en este caso, la excitación sexual: “[...] quizá se trate de una acumulación de excitación; luego, el importantísimo hecho de que la *angustia* que está en la base de los fenómenos de esta neurosis no admite *ninguna derivación psíquica*” (p.107). Plantea que la excitación somática es de origen sexual “[...] y va apareada con una mengua de la participación psíquica en los procesos sexuales-, todos estos indicios, digo, favorecen la expectativa de que *el mecanismo de la neurosis de angustia haya de buscarse en ser desviada de lo psíquico la excitación sexual somática y recibir, a causa de ello, un empleo anormal*” (p. 108).

El sistema nervioso, de acuerdo a Freud (1895 [1894]), bajo circunstancias de insuficiencia psíquica para dominar lo sexual cae en el estado de angustia: “[...] La psique cae en el *afecto* de la angustia cuando se siente incapaz para tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) que *se acerca desde afuera*; cae en la *neurosis* de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) *endógenamente generada*. [...] El afecto es un estado en extremo pasajero, en tanto que la neurosis es crónica; ello se debe a que la excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como una fuerza constante” (pp. 111-2).

Esta diferencia es radical en la obra freudiana pues son las excitaciones sexuales endógenamente generadas una fuerza constante que exige al psiquismo un trabajo de procesamiento, no siempre exitoso. Así lo sexual comienza a

mostrar su carácter «pulsional» como fuerza constante, como exigencia de trabajo. La elaboración psíquica es un tiempo de trabajo del aparato psíquico para dominar los montos de excitación, es un tiempo de preparación, incubación, de una respuesta más acorde a los designios del yo-realidad. Pero lo sexual no admite derivación psíquica, es una exigencia de trabajo, el psiquismo impotente ante este dominio debe intentar dominar cantidades y conformarse con respuestas sintomáticas si no quiere ser avasallado por la realidad de la pulsión.

Lo pulsional sexual es traumático pues su naturaleza no admite derivación psíquica directa. Impotente hacia esta realidad el aparato psíquico y sus operaciones simbolizantes solo devienen insuficientes. Lo sexual no es traducible, es la excepción a la regla. Al no ser posible su metabolización simbolizante el aparato psíquico trabaja con sus representantes, con sus derivaciones.

### **c) El trabajo de remodelación del sueño**

Una de las formas más notables para observar cómo trabaja lo psíquico es *el trabajo del sueño (Trauerarbeit)*. El sueño es un producto psíquico de pleno derecho, es decir, que los pensamientos y contenidos que lo componen son enteramente el resultado de una compleja elaboración inconciente cuyo escenario es el aparato psíquico y cuyo fin es un cumplimiento alucinatorio de deseo. Como producto psíquico, es un efecto, es una formación del inconciente para dar respuesta de modo figurativo a las tensiones y conflictos inconcientes del sujeto.

Freud (1900 [1899]), tomándose del pensamiento de G. T. Fechner “[...] de que el *escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigila*” (p. 529), colige la idea de una *localidad psíquica*, es decir, de un lugar (topos) en el interior de un aparato en el que se producen los estadios previos de la imagen del sueño. Freud advierte (1900 [1899]) que esta localidad psíquica es únicamente una representación auxiliar que le permite una primera aproximación a lo que son las operaciones psíquicas. Este aparato psíquico estaría compuesto por *instancias* o *sistemas* ordenados en una secuencia fija establecida entre ellos, es decir, “[...] que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean

recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal* (p. 530), dejando abierta la posibilidad de que la serie experimente alteraciones en el caso de otros procesos. Uno de los principios básicos del aparato psíquico es que se pone en actividad con la recepción de estímulos (internos o externos) y finaliza en las inervaciones del extremo motor, según el modelo del arco reflejo.

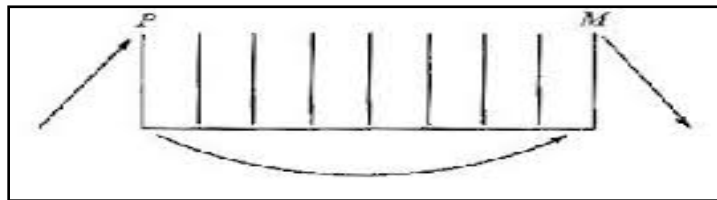


Figura 3. Modelo del arco reflejo de Freud

De acuerdo a Freud (1900 [1899]), por cada ingreso de estímulos, a través del extremo sensorial (P), queda en el interior del aparato psíquico una *huella mnémica* cuyo efecto es formar la materia de la *memoria*. En este sentido la huella mnémica consiste en una alteración permanente en los elementos de los sistemas: “Suponemos que un sistema del aparato, el delantero, recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria, y que tras él hay un segundo sistema que traspone la excitación momentánea del primero a huellas permanentes” (p. 532). Las huellas producidas van a relacionarse entre sí, estableciendo asociaciones de distinto tipo como la simultaneidad, la asociación por semejanza u otras. Es así que la base de la asociación son los sistemas mnémicos: “[...] a consecuencia de reducciones en la resistencia y de facilitaciones, desde uno de los elementos *Mn* [mnémico] la excitación se propaga más bien hacia un segundo elemento *Mn* que hacia un tercero” (p. 532).

En el extremo motor del aparato psíquico (ver figura 4) Freud (1900 [1899]) incorpora dos sistemas psíquicos para explicar la formación del sueño: el sistema *preconciente* (Prcc) y el sistema *inconciente* (Icc). El primero, situado en el extremo motor del aparato, se caracteriza por que sus procesos de excitación pueden alcanzar sin demora la conciencia y la motilidad voluntaria. El sistema inconciente, por su parte, no tiene acceso alguno a la conciencia “[...] si *no es por*

vía del preconciente, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones” (p. 535).

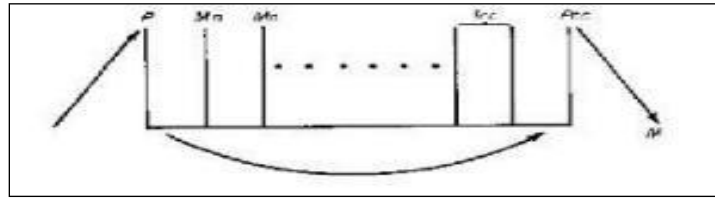


Figura 4. Cuadro del aparato psíquico de Freud

Específicamente es el sistema inconsciente el punto de partida para la formación del sueño alucinatorio. Para Freud (1900 [1899]) los pensamientos oníricos se afanarán en alcanzar la conciencia mediante una vía *progreidente* {*progreident*}, pero debido a la censura existente entre los sistemas *Icc* y *Prcc* (pese a su aflojamiento durante el dormir) y debido a la atracción que ejercen los recuerdos inconscientes la excitación toma un camino *regreidente* {*regreident*}, es decir, “La excitación toma un camino *de refluj*o {*rückläufig*}. En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de las percepciones” (p. 536). De este modo se explica el carácter visual de los sueños y la subversión de las relaciones lógicas de los pensamientos oníricos que permite el trabajo del sueño.

Freud (1900 [1899]) más adelante, para explicar *la naturaleza psíquica del desear como motor del sueño*, desarrolla un recorrido ontogenético del aparato psíquico en su más temprana capacidad de operación: 1) el aparato psíquico obedeció primero al afán de mantenerse lo más bajo o exento de estímulos (principio de constancia); 2) por vía motriz (modelo del aparato reflejo) una excitación sensible que llega de fuera es descargada; 3) el apremio de la vida, en la forma de grandes necesidades corporales, perturba la simple descarga; 4) la excitación impuesta por las grandes necesidades interiores buscará una descarga en la motilidad («alteración interna» o «expresión emocional» del bebé); 5) con el auxilio ajeno se experimenta una *vivencia de satisfacción* que cancela momentáneamente el estímulo interno; 6) la vivencia de satisfacción deja una

imagen mnémica asociada a la excitación producida por la necesidad; 7) con el surgimiento de una nueva necesidad se suscitará una *moción psíquica* que querría investir nuevamente la imagen mnémica de aquella primera experiencia de satisfacción; 8) una moción de estas características se denomina *deseo*.

Entonces planteamos que *es el deseo el motor del sueño*, es la fuerza y el empuje que al no poder satisfacerse –debido a la censura y la clausura del polo motor durante el dormir-, toma el camino regrediente para lograr su cumplimiento, pero esta vez mediante una alucinación. ¿Pero cuáles son los mecanismos específicos que trabajan y remodelan los pensamiento oníricos en su camino regrediente a la formación del sueño? Distingámoslos a continuación.

“El trabajo del alma [...]” (p. 502) para Freud (1900 [1899]) se divide en dos operaciones básicas: la primera es la producción de los pensamiento oníricos y la segunda su trasmutación en el contenido manifiesto del sueño. El primer trabajo se realiza con un gasto psíquico considerable y los pensamientos resultantes pertenecen al inconciente, “[...] En cambio, el otro trabajo, el que muda los pensamientos inconcientes en el contenido de los sueños, es propio de la vida onírica y característico de ella” (p. 502).

Freud (1900 [1899]) exhorta a aquellos que dudan y niegan el rendimiento psíquico en la formación de sueño señalando que el trabajo por él realizado difiere por completo de las operaciones realizadas por el pensamiento de vigilia diciendo: “No piensa ni calcula ni en general juzga, sino que se limita a remodelar pensamientos, cálculos y juicios” (p. 502).

El trabajo del sueño es una remodelación, una recreación de las tensiones internas mediante figurabilidad, tomándose de aquellos contenidos ya existentes en el interior del individuo ofreciendo un producto (el sueño) aparentemente nuevo, pero que es más bien lo mismo que se repite de otro modo.

Si su producto es el sueño el trabajo del alma se sirve, de acuerdo a Freud (1900 [1899]), de tres operaciones principales: *desplazamiento*, *condensación* y *miramiento por la figurabilidad*. Por otro lado los afectos de los pensamientos oníricos sufren menos alteraciones que su contenido de representaciones: “Por regla general son sofocados; donde se conservan, son desasidos de las

representaciones [a que en propiedad pertenecen] y compuestos según su homogeneidad” (p. 503).

Entonces el sueño es un producto elaborado cuyo material son los pensamientos oníricos que son tomados por el trabajo de lo psíquico que los remodela en contenido manifiesto. En estricto rigor según Freud (1916 [1915-16]) “[...] el trabajo que traspone el sueño latente en el manifiesto se llama *trabajo del sueño*” (p. 155). Revisemos cada una de estas operaciones que conforman el trabajo del sueño.

De acuerdo a Freud (1916 [1915-16]) el sueño manifiesto posee menos contenidos que el latente como “[...] una suerte de traducción compendiada de este” (p. 156), es decir, los elementos latentes que pueden ser chocantes o desagradable y que tienen algo en común se aúnan, combinan o fusionan en el sueño manifiesto: “[...] estos pensamientos son trasportados por el trabajo del sueño a otra forma” (p. 157). La censura se beneficia de ella.

La *condensación* se produce por la vía de la omisión, para Freud (1900 [1899]) “[...] el sueño no sería una traducción fiel ni una proyección punto por punto de aquellos pensamientos, sino un reflejo en extremo incompleto y lagunoso” (p. 289). Es decir, que ciertos contenidos del sueño actúan como puntos nodales sobredeterminados por múltiples pensamientos oníricos.

A la sazón la condensación es una operación que se sirve de ciertas huellas mnémicas para expresar pensamientos oníricos que no pueden llegar a la conciencia. El trabajo de condensación es económicamente favorable para expresar en pocos contenidos una gran variedad de pensamientos.

El *desplazamiento* de las intensidades psíquicas, de acuerdo a Freud (1900 [1899]), puede llegar hasta la subversión de todos los valores psíquicos, es decir, el “[...] sueño está por así decir *diversamente centrado*, y su contenido se ordena en torno a un centro constituido por otros elementos que los pensamientos oníricos” (p. 311). Durante la formación del sueño elementos esenciales de alto valor psíquico son tratados con un valor ínfimo y viceversa: “No llega al sueño lo que es importante en los pensamientos oníricos” (p. 312).

En este sentido Freud (1900 [1899]) señala que en la formación del sueño ocurre “[...] *una trasfencia y un desplazamiento de las intensidades psíquicas* de los elementos singulares, de lo cual deriva la diferencia de texto entre contenido y pensamientos oníricos” (p. 313). Asimismo, el desplazamiento es obra de la censura endopsíquica.

Condensación y desplazamiento aparecen así como complejas operaciones al servicio de la censura, poseen un carácter dinámico, *siempre trabajando*, ejecutando también operaciones económicas que subvierten la lógica conciente.

De acuerdo a Freud (1900 [1899]) los pensamientos oníricos deben reflejarse de manera exclusiva o predominantemente a través de huellas mnémicas visuales o acústicas. Este tercer factor que contribuye a la formación del sueño es el *miramiento por la figurabilidad*. En este contexto el trabajo del sueño tomará aquellos pensamientos oníricos aptos para una figuración visual y “[...] no ahorrará esfuerzos para refundir tal vez primero los pensamientos abstractos en otra forma lingüística, aun la más insólita, con tal que posibilite figuración y así ponga fin al aprieto psicológico del pensamiento estrangulado” (p. 350).

Freud (1916 [1915-16]) plantea que nuestros pensamientos proceden de imágenes sensoriales o de las imágenes mnémicas de éstas y más tarde se las conectó con palabras y éstas, a su vez, se ligaron en pensamientos “Por consiguiente, el trabajo del sueño aplica a los pensamientos un tratamiento *regresivo*, les hace revertir su evolución” (p. 165).

La figurabilidad de este modo es la regresión a formas de expresión psíquicas primeras.

Freud (1916 [1915-16]) dirá que “«Sueño» no puede nombrar a ninguna otra cosa que al resultado del trabajo onírico, vale decir, la *forma* a la cual los pensamientos latentes han sido trasmudados por el trabajo onírico” (p. 167).

Es importante advertir que el trabajo del sueño a través de sus tres operaciones principales *es el tratamiento de pensamientos ya existentes*, es decir, hubo anteriormente otra elaboración psíquica que los hizo posible. *Visto de esta*

*forma este primer trabajo coincide con aquel que debe acoplar lo pulsional sexual en articulación con huellas mnémicas.*

La *elaboración secundaria* es un cuarto factor en la formación del sueño pero se diferencia de los anteriores en la medida que, de acuerdo a Freud (1916 [1915-16]), aspirará darle al sueño algo como un todo más o menos entramado.

Para Freud (1900 [1899]) la elaboración secundaria actúa junto con las otras tres operaciones del trabajo de sueño influyendo sobre el material en bruto de los pensamientos oníricos por medio de la inducción y selección, como pensamiento normal intenta abordar el contenido onírico con la exigencia de que sea inteligible, sometiéndolo a una primera interpretación, pero no liberado del total malentendido del mismo.

La elaboración secundaria es el trabajo de lo psíquico con los códigos del pensamiento de vigilia, al intentar someter a su lógica los procesos oníricos –por presión de la censura,- cae en groseros errores de interpretación que hacen del sueño algo aún más deformado, pese a su aparente inteligibilidad.

Esbozemos que el sueño en tanto producto del trabajo de lo psíquico inconciente es, por antonomasia, el trabajo del inconciente en tanto sistema regido por el principio de placer. Todo lo que hace el trabajo del sueño mediante sus operaciones es reformular conflictos de diversa índole para mantener un equilibrio momentáneo a la espera de nuevos conflictos o tensiones. El trabajo del sueño, cerrado en su propia lógica, sin miramiento al mundo exterior, se abogará como una realidad dada y posible. Se toma de pensamientos y de estímulos externos absorbiéndolos para remodelarlos y así amoblar el espacio psíquico con imágenes y argumentos que en la realidad objetiva son imposibles. El inconciente es un sistema que trabaja de manera exhaustiva y sin descanso al margen de la conciencia-yo que únicamente se anoticia de ello por sus resultados mientras duerme y, que luego al despertar, la mayoría de la veces olvida por represión.

Finalicemos este capítulo planteando que lo sexual no puede ser objeto de una transcripción que la desgaste. Lo sexual es atemporal, no obedece al orden del tiempo cronológico y se actualiza en cada momento como repetición de una

exigencia pulsional. El trabajo psíquico debe realizar los mayores esfuerzos para tramitar estas excitaciones o repetirlas como un modo de control. El carácter endógeno de lo sexual como una estimulación constante dificulta su derivación psíquica llevando al sujeto a realizar actuaciones o represiones como únicas respuestas posibles.

El *trabajo del sueño (Trauerarbeit)*, por su lado, es un *trabajo logrado*. Permite a lo anímico desplegar todas sus herramientas y contenidos disponibles para remodelar el espacio psíquico (la otra escena) de acuerdo al deseo comprometido. Lo anterior es posible debido a una templanza de la censura durante el dormir, así el sueño se convierte en un cumplimiento alucinatorio de deseo, de este modo el sujeto absorbido en esta otra escena alucinada no dudará en darle crédito de realidad.

## Capítulo 2.- El trabajo psíquico en la lógica del inconciente (1915)

El inconciente como sistema y la represión como esfuerzo de desalojo de representaciones inconcientes enlazadas con la pulsión son dos temas a revisar y analizar en este capítulo de la tesis. Su importancia radica en que en ambos casos es observable cómo lo psíquico trabaja esforzadamente para mantener el equilibrio mediante una serie de operaciones que se llevan a cabo sobre montos de excitación y representaciones.

El inconciente, en tanto sistema o parte del aparato anímico, actúa como bisagra o paso necesario para comprender las articulaciones entre cantidades y cualidades. Se abordarán los textos *La represión* y *Lo inconciente* de 1915.

### a) El trabajo de la represión

El tercer destino de pulsión después del trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia es la *represión*, destino que es tratado por Freud en uno de los textos metapsicológicos. Veamos lo que dice Freud (1915b) al respecto: “Puede ser el destino de una moción pulsional chocar con resistencias que quieren hacerla inoperante. [...] entra entonces en el estado de la *represión*. [...] una cosa intermedia entre la huida y el juicio adverso, es la represión [...]” (p. 141).

De acuerdo a Freud (1915b) la condición para que una moción pulsional sea reprimida es que su meta no se cumpla, es decir, que en lugar de deparar placer se obtenga displacer. Lo anterior se debe a que bajo la condición de otras exigencias y designios el displacer cobra mayor poder que el placer de satisfacción. Estas exigencias y designios que ocasionan la represión son el efecto de una separación nítida previa entre actividad conciente e inconciente de lo anímico, “[...] y su esencia consiste en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella” (p. 142).

La represión como destino de las mociones pulsionales no es un mecanismo psíquico que se realiza de una vez, ya que, según Freud (1915b),

habría dos etapas involucradas. La primera etapa es la *represión primordial* que consiste en denegar el acceso en lo conciente a la agencia representante {*Representanz*}-representación de la pulsión, la cual queda en estado de *fijación* (inmutable y ligada a la pulsión). La segunda etapa es la *represión propiamente dicha* («esfuerzo de dar caza») que recae sobre los retoños psíquicos de la agencia representante-representación reprimida o sobre otros itinerarios de pensamiento asociados con ella. Conforme con lo anterior “La represión trabaja, entonces, de manera *en alto grado individual*; cada uno de los retoños de lo reprimido puede tener su destino particular; un poco más o un poco menos de desfiguración cambian radicalmente el resultado” (p. 145)<sup>4</sup>.

La represión, además de trabajar de manera individual, opera de manera *móvil*. Para Freud (1915b) lo reprimido ejerce una presión {*Drunk*} constante hacia lo conciente que debe ejercer una contrapresión {*Gegendrunk*} incesante que implica un alto dispendio de energía, la cual solamente cesa en el estado del dormir, permitiendo la formación del sueño.

Conjuntamente a la agencia representación {*Vorstellung*} reprimida interviene algo diverso que representa {*räpresentieren*} a la pulsión y que puede, según Freud (1915b), experimentar un destino diferente al de la representación. Este otro factor es el *monto de afecto* –que se experimenta subjetivamente como afectos-, que se relaciona a la pulsión en tanto se separa de la representación. En este sentido el destino general de la *representación* representante es “[...] desaparecer de lo conciente si antes fue conciente, o seguir coartada de la conciencia si estaba en vías de devenir conciente” (p. 147). Por otro lado, el factor *cuantitativo* o monto de afecto, tiene tres destinos posibles: es sofocado completamente o es experimentado –por trasposición de las energías psíquicas de las pulsiones-, en *afectos* o en *angustia*, señalando el fracaso de la represión.

---

<sup>4</sup> Respecto al trabajo de la represión que se ejerce sobre las representaciones que se ubican en la frontera de los sistemas *Icc* y *Prcc* (*Cc*) Freud (1915c) en *Lo inconciente* retoma y profundiza sobre los procesos que se llevan ahí a cabo. En primer lugar se trata de una *sustracción* de investidura, es decir, a la representación preconciente y conciente se le sustrae la investidura (pre)conciente que pertenece al sistema *Prcc*, este proceso es lo propio del «esfuerzo de dar caza». El otro proceso involucrado es el de la represión primordial y consiste en una *contrainvestidura* mediante el cual el sistema *Prcc* se protege de las representaciones inconcientes.

Finalicemos las citas de Freud (1915b) respecto a este destino de pulsión indicando que “[...] los mecanismos de la represión tienen al menos algo en común, la *sustracción de la investidura energética* (o *libido*, si tratamos de pulsiones sexuales)” (p. 149).

De lo anterior respecto a la represión diremos, para concluir este segmento, que como destino de la pulsión sexual consiste en *el trabajo de mantener en lo inconciente –mediante sustracción de la libido-, a la agencia representante de la pulsión (tanto de sus componentes cuantitativos-económicos o de representación), pues su emergencia produciría displacer en lugar de placer según las exigencias y designios del sistema conciente.*

### **b) Lo inconciente ante la exigencia de lo pulsional**

El trabajo de lo psíquico ante lo pulsional es examinado con detenimiento por Freud (1915c) cuando se plantea la pregunta sobre la validez de nociones tales como «mociones pulsionales», «sentimientos inconcientes» y «sensaciones inconcientes», así como «angustia inconciente», «pulsión inconciente», entre otras, que ha utilizado en el transcurso de su obra. Comienza respondiendo con firmeza que la oposición entre conciente e inconciente no tiene la validez respecto de la pulsión en tanto “Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconciente puede estar representada si no es por la representación” (p. 173).

Entonces cuando se habla de «afectos inconcientes» o «sentimientos inconcientes» Freud (1915c) aclara que de lo que se habla en estricto rigor es del destino del factor cuantitativo de la moción pulsional como consecuencia del trabajo de la represión: “En todos los casos en que la represión consigue inhibir el desarrollo del afecto, llamamos «inconcientes» a los afectos que volvemos a poner en su sitio tras enderezar {*Redressement*} lo que el trabajo represivo había torcido” (p. 174).

En este sentido la eficacia psíquica de la pulsión solo es posible cuando la moción pulsional, de acuerdo a Freud (1915c), puede encontrar una representación sustitutiva en el sistema Cc: “Después el desarrollo del afecto se hace posible desde este sustituto consciente, cuya naturaleza determina el carácter cualitativo del afecto” (p. 175).

Tenemos por lo tanto que plantear que el psiquismo trabaja con los representantes de la pulsión. Así la represión no sólo alcanza a la representación propiamente dicha, sino también a su factor cuantitativo o a su monto de afecto, manteniéndolo inconsciente. Este último trabajo es el de mayor envergadura para el sistema Cc pues “[...] su gobierno del desarrollo del afecto es menos sólida” (Freud, 1915c, p. 175).

El sistema inconsciente posee ciertas propiedades y cualidades de funcionamiento que van determinando la forma en que trabaja con las representaciones y afectos. De acuerdo a Freud (1915c), primero que todo, el núcleo del *Icc* consiste en agencias representantes de la pulsión (mociones de deseo) cuya meta es la descarga de investidura. Estas mociones de deseo de metas inconciliables no se contradicen entre sí, pudiendo unirse en formaciones de compromiso. Por otro lado en el sistema *Icc* no existe la negación (*Negation*), la duda y la certeza. De todo lo anterior se desprende que en este sistema hay *ausencia de contradicción*. Otro rasgo esencial del sistema *Icc* es la presencia del *desplazamiento* y la *condensación* de las investiduras como medios de trabajo del *proceso psíquico primario* (movilidad de las investiduras). A su vez los procesos del sistema *Icc* son *atemporales*, vale decir, no están ordenados con arreglo al tiempo y no se modifican durante su transcurso. En relación a lo anterior, los procesos *Icc* no obedecen a la realidad, pues están sometidos al principio de placer, es decir, hay *sustitución de la realidad exterior por la psíquica*.

Ahora bien, el sistema *Prcc* también posee sus propias cualidades de funcionamiento responsables en parte del conjunto del trabajo psíquico. Para Freud (1915c) los rasgos esenciales de este sistema son la inhibición de la descarga (energía ligada, tónica), la capacidad de comercio entre los contenidos

de las representaciones, el ordenamiento temporal de ellas, la introducción de censuras, el examen de realidad, el principio de realidad y la memoria conciente.

De este modo podemos plantear que las mociones pulsionales, o sus agencias representantes, son «trabajadas» por el sistema *Icc* de acuerdo a su lógica de funcionamiento retirada de la realidad exterior. El sistema *Icc*, cerrado en su propio razonamiento, en su propia legalidad, transformará las mociones pulsionales en productos psíquicos (sueños, síntomas) cuyo carácter denunciará la presencia de procesos inconcientes. A su vez, el sistema *Prcc*, ponderará de acuerdo sus principios de funcionamiento la introducción de una serie de otras transformaciones a los contenidos inconcientes para que sean más acordes con la realidad exterior y, de este modo, eludir la represión. Distinguimos de esta manera que *el trabajo psíquico es un todo compuesto por el trabajo de dos sistemas con sus propias lógicas de funcionamiento –que bajo ciertas condiciones y circunstancias-, pueden entrar en comercio asociativo para, de este modo, aspirar a mantener el equilibrio del sistema total.*

Detengámonos en esta zona de comercio entre los sistemas *Icc* y *Prcc*. Tenemos dicho que dentro del sistema *Icc* ocurren procesos que no son otra cosa que el trabajo de lo psíquico inconciente sobre lo pulsional o sus representantes y, por otro lado, el sistema *Prcc* trabajará o impondrá su labor sobre estos procesos inyectándoles los designios del principio de realidad, continuidad del principio de placer. Dos formas de trabajo psíquico separadas por la barrera de la represión que pueden entrar en comercio asociativo gracias a la presencia de retoños psíquicos del *Icc* capaces de transitar esta frontera.

Freud (1915c) plantea que los retoños de las mociones pulsionales *icc* muestran rasgos de ambos sistemas: son organizados, pero exentos de contradicción, toman adquisiciones del sistema *Cc* y son juzgadas como parte de éste, pero son inconcientes e insusceptibles de conciencia: “De esa clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos, que hemos individualizado como etapas previas en la formación del sueño y en la del síntoma, y que, a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas y como tales no pueden devenir concientes” (p. 188). Además de las fantasías

inconcientes otros retoños del *Icc* son las *formaciones sustitutivas* las cuales logran irrumpir en la conciencia debido a una relación favorable con las conrainvestiduras del *Prcc*.

Un poco más adelante Freud (1915c) plantea que de lo anterior se puede deducir censuras que se ubican entre *Icc* y *Prcc* y entre *Prcc* y *Cc*. Estas censuras se configuran como resistencias al tránsito libre de los retoños pulsionales: “[...] la primera censura funciona contra el *Icc* mismo; la segunda, contra los retoños *prcc* de él” (p. 190).

Los retoños psíquicos de la pulsión entonces brotan como restos psíquicos capaces de transitar, o co-existir, con cierta facilidad, en los diferentes sistemas debido a sus rasgos compuestos. La censura levantada en cada frontera continúa su trabajo de transformar los retoños en representaciones cada vez más acordes con el principio de realidad. La fuerza pulsional de cada representación o retoño psíquico puede ser objeto de movilidad adhiriéndose a otras representaciones o permanecer confinada al inconciente.

Por este camino podemos indicar para este capítulo que *el trabajo psíquico ante lo pulsional es un trabajo heterogéneo*, vale decir, compuesto de varias labores cada una comandada por sus propios propósitos y argumentos. De todos modos el principio de placer continúa siendo el principio regente del funcionamiento anímico global. La represión, al servicio del principio de placer, asoma como uno de los procesos más notorios de la elaboración psíquica de la pulsión, sustrayendo su fuerza o contrarrestándola con otras. Es de destacar, como paso previo a la censura entre los sistemas, el trabajo del sistema *Icc* mediante sus peculiaridades operativas. Durante esta trabajo las agencias representantes de la pulsión encuentran formas de figuración y expresión libres de contradicción y censura, no por ello irracionales.

De todo lo anterior podemos extraer el siguiente argumento en apoyo a nuestra tesis: *El trabajo psíquico inconciente permite a la pulsión adquirir un carácter psíquico, es decir, permite a la pulsión ser representada mediante un representante psíquico.*

### **Capítulo 3.- Alteraciones del yo: psicopatología (1923-1937)**

En este capítulo de la tesis se ahondará en aquellos episodios donde alteraciones estructurales y funcionales del yo durante el trabajo de lo psíquico nos anuncian sobre la fragilidad del yo ante las exigencias del mundo objetal y pulsional. Como ser fronterizo el yo es susceptible de descomposiciones y transformaciones que anuncian el fracaso del trabajo de lo psíquico, o de las consecuencias que acarrea el trabajo del yo en la elaboración de las exigencias que se le imponen. Algunos textos abordados van desde los años 1923 a 1937.

#### **a) La psicosis ante la realidad**

Freud (1924 [1923]) a continuación expone que tanto la neurosis como la psicosis son el resultado de un conflicto del yo con las diversas instancias que lo gobiernan (ello, superyó, realidad) “[...] y por tanto corresponden a un malogro en la función del yo, quien, empero, muestra empeño por reconciliar entre sí todas esas exigencias diversas” (p. 158). El éxito o fracaso de la función del yo dependerá de *factores económicos* (de las magnitudes involucradas) y de la capacidad del yo “[...] de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unicidad y eventualmente segmentándose y partiéndose” (p. 158).

Indiquemos que el yo ante las exigencias pulsionales y de la realidad puede generar cambios estructurales en su composición con tal de satisfacer o dar lugar a estos diferentes reclamos. En otras palabras: *el yo fracasa en su trabajo de ligar, elaborar y sintetizar las diferentes exigencias sacrificándose a sí mismo consintiendo una transformación de su organización.*

Freud (1924b) plantea también otras alteraciones del yo, esta vez del nexo con la realidad, la cual no es privativa de la psicosis. Una vez que el neurótico ha reprimido una moción pulsional el proceso continúa en una segunda etapa donde procesos pulsionales encuentran expresión por medio del fracaso de la represión:

“El aflojamiento del nexo con la realidad es entonces la consecuencia de este segundo paso en la formación de la neurosis, [...] la pérdida de la realidad atañe justamente al fragmento de esta última a causa de cuyos reclamos se produjo la represión de la pulsión” (p. 193). Ocurre de este modo, por ejemplo, ante escenas traumáticas en cuyo caso la persona se extraña de esta vivencia abandonándola a la amnesia. En el caso de la psicosis el yo arrancado de la realidad desde un principio, en un segundo momento, intentará reparar esta pérdida mediante la “[...] creación de una realidad nueva [...]” (p. 195). Por lo tanto en ambas situaciones se observa “[...] la rebelión del ello contra el mundo exterior; expresan su displacer o, si se quiere, su incapacidad para adaptarse al apremio de la realidad, a la Ἀναγκη [necesidad]” (p. 195).

El yo, tanto en la neurosis como en la psicosis, genera modificaciones en sus relaciones con la realidad debido a la fuerza pulsional del ello que aspirará encontrar expresión. Las pulsiones del ello son inadaptables por principio, la realidad para ellas no es un dato a considerar. *Fracaso de la represión y creación de una nueva realidad alucinada son los modos con que lo pulsional buscará satisfacerse de manera compulsiva.*

Ante estas exigencias Freud (1924b) observa la ejecución de un trabajo psíquico que opera sobre el mundo exterior (alteraciones *aloplásticas*) y sobre el interior (alteraciones *autoplásticas*). Ambas transformaciones son el efecto de un trabajo psíquico de remodelamiento de la relación con la realidad, *con y de los sedimentos psíquicos de la realidad*, ambas implican un esfuerzo de trabajo psíquico con el material mnémico disponible.

## **b) Desmentida y bi-escisión del yo**

Freud en *Fetichismo* (1927) establece las condiciones y el proceso por medio del cual un fetiche se convirtió en el sustituto del falo de la mujer (madre) del cual el sujeto no quiere renunciar: “[...] el varoncito rehusó darse por enterado de un hecho de su percepción, a saber, que la mujer no posee pene. No, eso no puede ser cierto, pues si la mujer está castrada, su propia posesión de pene corre

peligro [...]” (p. 148). A este hecho lo denomina *desmentida* (*Verleugnung*) que diferencia de la represión (esfuerzo de desalojo) pues la primera define, en esta obra, como el destino de la representación, en tanto la represión sería un esfuerzo de desalojo del afecto. La *desmentida* se trata, por un lado, de la permanencia de la percepción y, por el otro, de su resignación: “[...] en el conflicto entre el peso de la percepción indeseada y la intención del deseo contrario se ha llegado a un compromiso como sólo es posible bajo el imperio de las leyes del pensamiento inconciente –de los procesos primarios–” (p. 149). Finalmente el fetiche emerge como algo otro capaz de sustituir al falo y heredar todo el interés de éste: “[...] acaso se retenga como fetiche la última impresión anterior a la traumática, la ominosa {*unheimlich*}

En esta misma obra Freud (1927) destaca el interés que despierta el hecho de la *bi-escisión* del aparato anímico ante las circunstancias de la castración de la mujer, vale decir, en el fetiche “[...] han encontrado cabida tanto la *desmentida* como la aseveración de la castración” (p. 151).

El trabajo psíquico ante la desaparición o falta real del objeto de deseo conlleva, en el caso del fetichista, *un déficit en la tramitación mental de ese vacío ocurrido en el espacio de la realidad*. Se esperaría una aceptación de su falta, un dejar ir al objeto y una identificación como residuo, pero en el caso del fetiche se desmiente esa falta y se levanta un objeto-fetiche como símbolo sustituto del falo. *Lo anímico se bi-escinde por déficit en la elaboración psíquica, vale decir, la bi-escisión da razón a la realidad de la falta y a la *desmentida* de ésta*. A su vez el fetiche atestigua la ausencia-presencia del falo y la adherencia e insistencia de lo pulsional que repite un modo de satisfacción irrenunciable.

De lo anterior nos vemos llevados a considerar entonces con mayor detalle esa característica de lo anímico, específicamente del yo, de escindirse, transformarse y desgarrarse ante las exigencias de las otras instancias psíquicas. Por ejemplo en la *31° conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica* Freud (1933 [1932]a) expone que el yo –que puede tomarse a sí mismo como objeto de observación y crítica-, es escindible y reunificable en el curso de sus

funciones. En este sentido plantea también que la patología del yo, es decir, sus rupturas y desgarramientos, se realiza siguiendo líneas que preexisten una articulación: “Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandada ya por la estructura del cristal. Unas tales estructuras desgarradas y hechas añicos son también los enfermos mentales” (pp.54-5).

### **c) De la elaboración psíquica a la escisión del yo**

Freud (1937) en *Análisis terminable e interminable* expone en buena medida sus puntos de vista sobre la dificultad técnica del psicoanálisis ante el problema del desenlace de un tratamiento. Para ello toma en consideración tres factores decisivos para las posibilidades de la terapia analítica: *el influjo de traumas, la intensidad constitucional de las pulsiones y las alteraciones del yo*: “Es que la etiología de todas las perturbaciones neuróticas es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, de los que un yo inmaduro no pudo enseñorearse” (p. 223).

Respecto a la *etiología traumática* Freud (1937) anuncia que ofrece al psicoanálisis la oportunidad más favorable para su acción, vale decir, “[...] en el caso con predominio traumático conseguirá el análisis aquello de que es magistralmente capaz: merced al fortalecimiento del yo, sustituir la decisión deficiente que viene de la edad temprana por una tramitación correcta. Sólo en un caso así se puede hablar de un análisis terminado definitivamente” (p. 223).

Sobre el factor cuantitativo de la *intensidad constitucional de las pulsiones* Freud (1937) se pregunta sobre las posibilidades del psicoanálisis para tramitar o domeñar, de manera duradera y definitiva, los conflictos entre lo pulsional y el yo: “esto quiere decir que la pulsión es admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, es asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones que hay en el interior del yo, y ya no sigue más su camino propio hacia la satisfacción” (pp.

227-8). La oposición ente proceso primario y proceso secundario le sirve como punto de apoyo para describir este transcurso. Comienza indicando que el análisis logra para los neuróticos lo mismo que el hombre sano lleva a cabo sin este auxilio, pero para este último el conflicto pulsional se efectúa con una determinada intensidad de la pulsión o en una “[...] determinada relación entre robustez de la pulsión y robustez del yo” (p. 228). Si la instancia yoica se relaja por enfermedad o agotamiento “[...] todas las pulsiones domeñadas con éxito hasta entonces volverán a presentar de nuevo sus títulos y pueden aspirar a sus satisfacciones sustitutivas por caminos anormales” (p. 228).

Persigamos la idea clave que aquí se enuncia: el yo ante lo pulsional debe realizar un esfuerzo de tramitación o domeñamiento, es decir, el yo debe llevar a cabo un dominio o gobierno sobre cantidades. Ahora bien, si la musculatura yoica se debilita las pulsiones inundarán el espacio ganado por los procesos secundarios de pensamiento.

Un refuerzo pulsional, de acuerdo a Freud (1937), puede emerger con una gran intensidad durante la pubertad y menopausia, o por obra de influjos accidentales, es decir, “El domeñamiento de las pulsiones, que habían logrado cuando estas eran de menor intensidad, fracasa ahora con su refuerzo. Las represiones se comportan como unos diques contra el esfuerzo de asalto {*Andrang*} de las aguas” (p. 229). Estas circunstancias confirman el poder del factor cuantitativo en la causación de la enfermedad.

Freud (1937) prosigue el examen del problema de la terminación del análisis mediante el tercer punto en cuestión: *las alteraciones del yo*. Plantea que en terapia se hace necesaria una cooperación del yo ya que la “[...] situación analítica consiste en aliarnos nosotros con el yo de la persona objeto a fin de someter sectores no gobernados de su ello, o sea, de integrarlos en la síntesis del yo” (p. 237). Ahora bien estas condiciones ideales son poco frecuentes, “[...] ese yo normal, como la normalidad en general, es una ficción ideal” (p. 237). Por el contrario el yo anormal no es una ficción, el yo normal es únicamente un distanciamiento, en mayor o menor grado o medida, con el del psicótico, de este

modo el distanciamiento con el psicótico se convierte en la medida del grado de «alteración del yo».

*El yo anormal es la realidad y no una ficción como lo es el yo normal.* La distancia con el psicótico revelará el grado de alteración del yo y, por lo tanto, el déficit o éxito en la integración del ello a su gobierno.

El arranque de estas alteraciones del yo son, en palabras Freud (1937), *originarias o adquiridas*. La alteraciones del yo son adquiridas durante su desarrollo cuando debe mediar entre su ello y el mundo exterior, es decir, el yo debió adoptar en los comienzos de la vida una actitud defensiva frente al ello para evitar conflictos con la realidad. El yo influido por la costumbre de este proceder y por los mandatos de la educación traslada el escenario del conflicto hacia adentro, o sea, se acostumbra “[...] a domina el peligro *interior* antes que haya devenido un peligro *exterior* [...]” (pp. 237-8). Ante este escenario el yo realiza diversos procedimientos para cumplir su tarea de evitar el peligro, la angustia y el displacer: “Llamamos «*mecanismos de defensa*» a estos procedimientos” (p. 238).

*Los mecanismos de defensa son las alteraciones del yo*, son los procedimientos llevados a cabo por el yo para domeñar al ello pulsional y la realidad objetiva. Los mecanismos de defensa son procedimientos defensivos primarios que se han desplazado hacia el interior del aparato psíquico –a modo de exigentes ensayos y pruebas de efectividad-, para tramitar el conflicto pulsión-realidad antes de que devenga un peligro exterior.

Los mecanismos de defensa comienzan poco a poco a mostrar su carácter patológico. De ser la solución para la tramitación de las diferentes exigencias de las instancias (ello, realidad) pasan a ser un problema por sí mismos luego que comienzan a mostrar un rostro *repetitivo, fijo, infantil y reactivo*, adosados al carácter y capaces de interrumpir el éxito de la terapia. En este contexto Freud (1937) plantea que “El gasto dinámico que se requiere para solventarlos, así como las limitaciones del yo que conllevan casi regularmente, demuestran ser unos pesados lastres para la economía psíquica” (p. 239). Igualmente los mecanismos de defensa no son soltados con facilidad por parte del yo pese a que su utilización se justificaba sólo en los años difíciles de su desarrollo. De la misma forma “[...]”

cada persona no emplea todos los mecanismos de defensa posibles, sino sólo cierta selección de ellos, pero estos se fijan en el interior del yo, devienen unos modos regulares de reacción del carácter, que durante toda su vida se repiten tan pronto como retorna una situación parecida a la originaria” (pp. 239-40).

Freud (1937) continúa la descripción de los mecanismos de defensa indicando que ellos continúan funcionando pese a que el peligro ya no existe en la realidad objetiva. En este contexto el yo “[...] se ve esforzado a rebuscar aquellas situaciones de la realidad que pueden servir como sustitutos aproximados del peligro originario, a fin de justificar su aferramiento a los modos habituales de reacción” (p. 240). En otras palabras plantea que los mecanismos de defensa enajenan al yo del mundo exterior, debilitándolo y favoreciendo a su vez la elección de la neurosis.

Los mecanismos de defensa se elevan por sobre la realidad objetiva y continúan su operar rebuscando situaciones para justificar su utilización, es decir, *los mecanismos de defensa son repeticiones de formas de reacción de la infancia*, asoman como rasgos patológicos del carácter.

En el trabajo analítico Freud (1937) ve que “[...] el analizado repite tales modos de reacción aun durante el trabajo analítico [...] Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retornan en la cura como *resistencias al restablecimiento*” (p. 240).

Tenemos acá que decir entonces que la repetición no es un rasgo exclusivo de lo pulsional puro, acaso también es un rasgo de aquello que se opone a lo pulsional, es decir, los mecanismos de defensa del yo. Para combatir lo pulsional el yo y el superyó absorben parte de esa misma energía pulsional para su operar defensivo, *se contraponen a lo pulsional con fuerza pulsional*, ahora defensiva, de este modo el yo queda paralizado, estrechado y alterado en su funcionamiento, pues está invadido por ambos lados. Los mecanismos de defensa, como un operar repetitivo, son la prueba de la existencia de una compulsión de repetición que se automatiza debido a su fijación en constelaciones infantiles donde placer y displacer conjugan. Aquí hemos llegado a un extremo de la tesis. Pues hemos

pasado de la consideración de la repetición como el rasgo esencial de todas las pulsiones que quieren retornar al estado de lo inorgánico a considerar que la repetición es una *performance* del yo ante lo pulsional mediante los mecanismos de defensa. El yo considerado como la instancia más elevada en la arquitectura del aparato psíquico (unitaria y compacta) ha pasado a ser una instancia con potencial de resquebrajamiento, división y alteración estructural y funcional.

Intentemos condensar aquí los hallazgos de este capítulo de la tesis dedicada a la psicopatología del yo recordando que la elaboración psíquica es el trabajo que realiza lo anímico sobre lo pulsional. Pero lo pulsional sexual no admite derivación o traducción psíquica directa, sino mediante sus representantes lo psíquico únicamente puede trabajar. El caso del trabajo del sueño es claro en cómo lo psíquico trabaja remodelando pensamiento inconcientes ya existentes. Pero este trabajo psíquico se realiza mediante una lógica diversa a la lógica de la vigilia, es decir, se realiza siguiendo la lógica del sistema inconciente, donde los procesos primarios dominan el código de funcionamiento, vale decir que las agencias representantes de la pulsión encuentran formas de figuración y expresión libres de contradicción y censura. En otras palabras: el trabajo psíquico permite a la pulsión adquirir eficacia psíquica, es decir, las tensiones pulsionales pueden ser representadas mediante un representante psíquico. En este caso el trabajo de lo psíquico parece ser exitoso, logra ligar cantidades, gobernar las tensiones y domeñar los conflictos.

Ahora bien, en ocasiones ya sea por la hiperpotencia pulsional, por la presencia de traumas de gran envergadura o por alteraciones del yo el aparato psíquico se observa impotente en la elaboración de lo pulsional y hace patología ahí donde antes dominaba con eficacia. El yo sale al paso del déficit en la elaboración psíquica de lo pulsional consintiendo una transformación en su composición.

El yo enfrentado a la realidad pulsional y a la realidad objetiva externa genera importantes cambios en su estructura interna. El yo se sacrifica a sí mismo con tal de mantener satisfechas las demandas del ello, del superyó y de la

realidad. El sacrificio de sí mismo, es decir, sus variadas alteraciones, son la prueba patente de un déficit en la elaboración psíquica de lo pulsional. Según las cantidades pulsionales involucradas y el nivel de gravedad del trauma externo las alteraciones del yo van desde la puesta en marcha de mecanismos de defensa que mantienen la unidad del yo hasta reacciones que conllevan una escisión completa del yo, tal como sucede durante la desmentida. Cada una de estas alteraciones posee una historia particular durante el desarrollo y se justificaban de buena manera en aquella época, en cambio ahora, durante la madurez, y sin motivo aparente, estas alteraciones de vuelven a producir. Se esperaría una superación de estas formas de reacción durante la madurez pero esto no sucede pues se encuentran fijadas en el inconciente, en la otra escena, escena donde los procesos de elaboración psíquica secundarios no tienen gobierno.

Los mecanismo de defensa son la «tecnificación» de lo pulsional al servicio del yo que no quiere abandonar modos de funcionamiento anacrónicos. El yo, durante los procesos defensivos, se escinde pues, por un lado, da razón al ello-pulsional de sus demandas y, por otro lado, da razón al superyó que aplica severas restricciones a lo pulsional. Es como si el yo se desmantelara en sus extremos y perdiera la conciencia de sí mismo.

## CONCLUSIONES Y DISCUSIÓN

Nuestra tesis intentó aproximarse a un fenómeno que se le hizo cada vez más patente a Freud en su experiencia clínica: la tendencia a *actuar* (*Agieren*) por parte de los neuróticos «escenas» inconcientes de su historia personal, lo que denominó *compulsión a la repetición*. Bajo esta premisa nos preguntamos sobre el rol que juegan los procesos de *elaboración psíquica de lo pulsional* en el fenómeno de la compulsión a la repetición. Nuestro horizonte fue entonces examinar y analizar la compulsión a la repetición en el contexto de las dificultades en la elaboración psíquica de lo pulsional.

Empecemos esbozando que la pulsión sexual se encuentra entre las mociones menos sometidas a la influencia de las actividades superiores del alma. Que las pulsiones sexuales sean de las mociones menos dominadas por el psiquismo es consecuencia directa de su naturaleza endógena y de su profusión continua. Del mismo modo se vislumbra con claridad que las pulsiones sexuales constituyan una medida de la exigencia de trabajo para lo psíquico por su enlace con lo corporal. Desde un punto de vista económico el aumento de esta exigencia pulsional conlleva un déficit correlativo de su domeñamiento por parte del yo. En otras palabras un movimiento pulsional ascensional surgido bajo ciertas condiciones de su propia economía se comporta al modo de un trauma endógeno capaz de romper con la integridad del psiquismo. Es decir, la operatividad elaborativa no puede ligar el movimiento pulsional dando paso a una desorganización o ruptura micro o macro sistémica, campo fértil para la actuación repetitiva.

Por otro lado mencionemos que el aparato psíquico freudiano constituye un sistema compuesto por partes o instancias que pueden explicar las formaciones del inconciente (síntomas, sueños, lapsus, actos fallidos, chistes). En términos generales estos productos psíquicos son el efecto de una *elaboración psíquica* cuyo fin es la recuperación de un estado mínimo de tensión según la prescripción

del principio de placer. La elaboración psíquica es un trabajo expuesto también a las tensiones y exigencias del medio externo que deben ser integradas y metabolizadas por el aparato psíquico para componer de esta forma huellas de una experiencia acoplable con lo pulsional.

La neurosis y sus síntomas son el resultado de las marcas que deja la elaboración psíquica de las diferentes tensiones surgidas de los conflictos entre sistemas o instancias diferentes entre sí. Pero la elaboración psíquica no es una tramitación homogénea o que se realiza de una vez para siempre. No es lo mismo el trabajo del sistema inconciente en comparación con el trabajo del sistema preconciente-conciente. Incluso la represión y el sueño poseen sus propias formas de trabajar. Cada producto psíquico es la consecuencia de un trabajo diferenciado con mayor o menor preponderancia de tal o cual factor o proceso involucrado. El yo, a su vez, debe trabajar y llevar a cabo complejas operaciones dentro de sí para minimizar los conflictos con el ello, el superyó y la realidad. En este escenario los «éxitos» o «fracasos» de la elaboración psíquica pueden ser ponderados por el éxito o fracaso del cumplimiento del principio de placer. Desde un punto de vista económico los *quantum* involucrados van a determinar la competencia del psiquismo para ligar dichas cantidades. La simbolización constituye, por su parte, el logro más elevado en tanto representación de *otra cosa* mediante procesos de elaboración psíquica.

Considerando estos puntos de vista surge la siguiente cuestión; ¿en qué se diferencia la compulsión a la repetición de las otras formaciones del inconciente donde están involucrados los procesos de elaboración psíquica? Según nuestro análisis la compulsión a la repetición se diferencia de las formaciones del inconciente (sueño, chiste, lapsus, olvidos, actos fallidos, síntoma) en que en ella hay una insuficiencia de los procesos de elaboración psíquica de un movimiento pulsional ascensional. Esta escasa capacidad del psiquismo para transformar y otorgar sentido a la exigencia pulsional conlleva a que éste repita compulsivamente modos de satisfacción anacrónicos con ese carácter mortificante

e insistente que la clínica freudiana denuncia. Dentro de esta perspectiva la repetición compulsiva de inhibiciones, de actitudes inviables, de rasgos patológicos del carácter, e incluso de síntomas, se explicarían mejor por la presencia de una actividad pulsional intensa que no puede ser tramitada eficazmente por el psiquismo y sus operaciones de ligazón intrapsíquicas, las cuales se ven sobrepasadas.

Nuestra lectura y análisis de los textos de Freud que versan sobre pulsión, compulsión a la repetición y elaboración psíquica nos llevan en definitiva a concluir que es factible pensar una articulación conceptual entre estas nociones, específicamente que es viable abordar el problema de la compulsión a la repetición desde la perspectiva del interjuego entre los procesos elaborativos del psiquismo y el orden de lo pulsional. Con esto entendemos no alejarnos demasiado de la palabra escrita de Freud y del espíritu general de su obra que tiene como uno de sus centros gravitacionales el dualismo antagónico entre lo pulsional y la constelación yoica y, a nuestro parecer, la compulsión a la repetición como un efecto de ese conflicto inconciente.

## BIBLIOGRAFÍA

- Chemama, R. (2002 [1995]). *Diccionario del psicoanálisis: diccionario actual de los significantes, conceptos y matemas del psicoanálisis*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1950 [1892-99]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 52 (6 de diciembre de 1896). En *Obras Completas, Volumen I*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- (1950 [1895]). Proyecto de psicología. En *Obras Completas, Volumen I*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- (1893-95). Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud). En *Obras Completas, Volumen II*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- (1893). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- (1894). Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.
- (1895 [1894]). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de «neurosis de angustia». En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1896a). La herencia y la etiología de las neurosis. En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1896b). Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1896c). La etiología de la histeria. En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1898). La sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras Completas, Volumen III*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1900 [1899]). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas, Volumen IV y V*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1905 [1901]). Fragmentos de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas, Volumen VII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas, Volumen VII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1906 [1905]). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras Completas, Volumen VII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras Completas, Volumen XII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1914a). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En *Obras Completas, Volumen XII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas, Volumen XIV*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1915b). La represión. En *Obras Completas, Volumen XIV*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1915c). Lo inconciente. En *Obras Completas, Volumen XIV*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1916 [1915-16]). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte II. El sueño. 11° conferencia. El trabajo del sueño. En *Obras Completas, Volumen XV*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1917 [1916-17]a). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis. 21° conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En *Obras Completas, Volumen XVI*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1917 [1916-17]b). Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III. Doctrina general de las neurosis. 22° conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. En *Obras Completas, Volumen XVI*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1920). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas, Volumen XVIII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1923) El yo y el ello. En *Obras Completas, Volumen XIX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1923 [1922]) Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños. En *Obras Completas, Volumen XIX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1924 [1923]). Neurosis y psicosis. En *Obras Completas, Volumen XIX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1924a). El problema económico del masoquismo. En *Obras Completas, Volumen XIX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1924b). La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis. En *Obras Completas, Volumen XIX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1926 [1925]). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas, Volumen XX*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1927). Fetichismo. En *Obras Completas, Volumen XXI*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1933 [1932]a). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 31° conferencia. La descomposición de la

personalidad psíquica. En *Obras Completas, Volumen XXII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1933 [1932]b). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 32° conferencia. Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas, Volumen XXII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

(1937). Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas, Volumen XXIII*. Ed. Amorrortu: Buenos Aires, Argentina.

Scarfone, D. (2005). *Las pulsiones*. Ed. Nueva Visión: Buenos Aires, Argentina.